BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

AGENCIA DE MERCENARIOS

glenn parrish

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

GLENN PARRISH

AGENCIA DE MERCENAR

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 141
Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 7.446 – 1973

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: ABRIL, 1973

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

CAPITULO PRIMERO

Con la sonrisa en los labios, Laird Caynd se detuvo ante la puerta de su oficina y, complacidamente y como todos los días, leyó una vez más el rótulo que campeaba en el centro:

AGENCIA DE MERCENARIOS
Toda clase de servicios
(No ilegales)

Caynd sacó un pitillo y se lo colgó de los labios, aunque no llegó a encenderlo. A la gente del siglo XXIII no solían gustarle los fumadores y no sabía qué clase de clientes podía encontrarse al entrar en la oficina.

Empujó la puerta. Kitty, su atractiva secretaria, se puso en pie al verle entrar.

—Buenos días, capitán —saludó—. ¿Cómo se encuentra?

—Viéndola a usted, mejor que nunca, Kitty —respondió Caynd, jovialmente—. ¿Alguna novedad?

La muchacha se ruborizó, mientras tomaba unos papeles que tenía sobre su mesa.

—He recibido tres mensajes, todos ellos de sendas propuestas de trabajo, y me he permitido grabarlos en la dictógrafa —informó—. ¿Quiere que le haga un resumen de las solicitudes, señor?

—Adelante, Kitty —accedió Caynd, benévolamente.

Puesto que estaba solo con su secretaria, podía encender el cigarrillo y así lo hizo.

Mientras Kitty leía, él la contempló a través de las azuladas nubes de humo del tabaco. Kitty era una muchacha de buena estatura y formas

generosamente contorneadas. Su pelo era negro, abundante, recogido en un aparatoso moño sujeto con un cordoncillo de seda azul y oro.

La indumentaria de la muchacha era un tanto extravagante: chaquetilla muy corta, sin mangas, que dejaba la cintura al aire, y un brevísimo pantaloncito, la tela de cuyos costados había sido sustituida por unos cuantos cordones también azules y dorados. Como calzado usaba unas botas blandas negras, de media caña y tacón de cinco centímetros.

Kitty llevaba solamente unas pocas semanas empleada en la agencia y, hasta el momento, su actuación resultaba plenamente satisfactoria para el director Laird Caynd. Caynd pensaba que no había perdido nada con el cambio, ya que la anterior secretaria se había despedido de un modo inexplicable.

«Ella se lo había perdido», pensó. Rosa Uttoni había desdeñado un magnífico empleo y un sueldo de ministro. Aunque si era cierto que se iba a casar...

—Y eso es todo, capitán —concluyó Kitty de pronto su lectura.

Caynd alargó la mano.

—Deme esos informes. Los repasaré yo mismo y luego le haré saber mi decisión —dijo.

—Sí, señor. Pero si me permite una indicación...

—Por supuesto, Kitty —accedió Caynd—. No me gusta tener empleada a una secretaría que no sepa pasar de la rutina diaria.

—Gracias, señor. Hablando con sinceridad, le diré que ninguna de esas proposiciones resulta interesante. Pero, por descontado, es usted el que tiene que decidir en último término.

Caynd contestó con una sonrisa y se dirigió a su despacho. «Hermosa muchacha Kitty», se dijo. Y además, eficiente y discreta, cosa que no siempre se podía decir de la anterior.

Instantes más tarde, se hallaba sentado tras la mesa de su despacho, de línea atrevida al par que elegante. Estiró las piernas y se sumió en la lectura de los informes.

Los minutos pasaron volando o, al menos, así se lo pareció, cuando de pronto oyó la voz de Kitty a través del interfono:

—Capitán, el señor Huu-Dzo, de Sittanul, desea hablarle personalmente. El señor Huu-Dzo manifiesta se trata de un asunto muy urgente y de gran interés para la agencia.

—Está bien, Kitty; hágalo pasar dentro de un minuto. Estoy redactando un mensaje y quiero terminarlo antes de recibir al señor Huu-Dzo.

—Sí, señor.

En aquellos momentos, Caynd no hacía nada. Simplemente, quería evitarse- algún disgusto. Tenía una profesión muy arriesgada y contaba con más de un enemigo que había jurado liquidarlo. Por tanto, debía protegerse contra las posibles acechanzas por parte de su desconocido visitante.

Una gruesa mampara de vidrio blindado, polarizado de tal modo que resultaba absolutamente transparente, descendió del techo. Sólo un proyectil del 15,5 hubiese conseguido, tal vez, romper aquella protección..., pero en el siglo XXIII ya no se empleaban los anticuados cañones de ciento cincuenta y cinco milímetros.

La mampara se ajustaba por completo a los contornos de la mesa y cubría, asimismo, el hueco inferior para las piernas. Una vez protegido, cosa que sucedió en diez segundos escasos, Caynd dejó pasar los cincuentas restantes y luego tocó la tecla del interfono:

—Kitty, estoy listo. Tenga la bondad de hacer pasar al señor Huu-Dzo.

—Sí, señor.

* * *

El visitante entró en el despacho. Era un hombrecillo delgado, de mediana estatura, casi calvo, vestido con unos ropajes que parecían hechos para una persona de envergadura doble de la suya. En la mano derecha llevaba un maletín que depositó sobre la mesa.

—Encantado de conocerle, señor Huu-Dzo —dijo Caynd—. Tenga la bondad de sentarse, por favor.

—Mil gracias, capitán —contestó el visitante, con voz aflautada—. No sé, en realidad, cómo empezar, ya que yo no soy la persona que solicita los servicios de su agencia, sino más bien el mensajero que ha de transmitirle la solicitud. Temo que usted piense que todo esto es un poco extraño...

Caynd sonrió con benevolencia.

—En esta agencia se ven toda clase de gentes, señor Huu-Dzo, y no se vaya a creer que es usted un ente fuera de lo común, sino, por lo que a mí me parece, lo veo completamente normal. Pero no se amilane y hable con entera franqueza, se lo ruego —invitó.

—Gracias otra vez, capitán. Si no le importa, le transmitiré el mensaje de la persona que desea contratar sus servicios.

Huu-Dzo abrió el maletín y colocó sobre la mesa un videófono portátil. Sacó también un cartucho de cinta y lo insertó en el alvéolo correspondiente.

Acto seguido, extrajo un saquete de terciopelo negro, bastante pesado, al parecer, que colocó junto al videófono. Caynd contemplaba las manipulaciones de su visitante con innegable curiosidad.

Todo parecía un poco extraño, aunque no peligroso. Huu-Dzo presionó la tecla de contacto del videófono y la pantalla se encendió al instante.

Unos segundos más tarde, apareció una mujer en el pequeño recuadro de cristal deslustrado. Sólo se le veían la cabeza y los hombros, pero Caynd observó, grandemente asombrado, que la mujer tenía cubierta la cara por un espeso velo negro, que no permitía adivinar el menor detalle de sus facciones.

Unas grandes gafas oscuras tapaban, asimismo, sus ojos. El velo estaba enrollado en torno a la cabeza como un turbante, de tal modo, que Caynd no hubiera sabido que se trataba de una mujer, a no ser por el tono de su voz, bajo, grave y profundo, aunque de perfectas modulaciones.

La mujer empezó a hablar apenas apareció en pantalla:

—Capitán Caynd, es para mí un placer saludarle, aunque sea por este medio —manifestó—. Soy Eugenia, duquesa-reina de Sittanul, y aunque sé que en la Tierra no hacen gran caso de los títulos, el mío define exactamente mi posición como gobernante titular del planeta mencionado. Hasta mí han llegado excelentes informes de su agencia y es por ello por lo que he enviado como mi mensajero plenipotenciario al señor Huu-Dzo, hombre de mi absoluta confianza, con el cual, después de escucharme y caso de aceptar mi encargo, tramitará usted todos los detalles accesorios de la misión que debela ejecutar.

«Como ya he le dicho —continuó la dama—, soy duquesa-reina, máximo título en mi planeta. Hay otros duques, por supuesto, aunque al no ocupar el cargo de jefe de Estado Planetario, no tienen derecho al título de rey o reina en su caso. Y ahora que le he explicado esta, en apariencia, pequeña contradicción, pasaré a informarle de su misión, si es que usted, como espero, acepta llevarla a cabo.

»Se trata de lo siguiente: Nyphod, rey primero de los reyes de Omphylar, trata de apoderarse de mi trono. Los omphylarianos viven en un mundo poco acogedor y son una raza esencialmente guerrera, cuya principal ocupación consiste, naturalmente, en combatir contra otros. Parece ser que en los últimos tiempos, entre la población

omphylariana surgen síntomas de cansancio, y Nyphod, que es un hábil político, los ha detectado y ha llegado a la conclusión de que si los omphylarianos no guerrean más, deberán abandonar su planeta.

Caynd escuchaba fascinado a la mujer. «La misión parece interesante», se dijo.

Eugenia continuó:

—La guerra de conquista de Sittanul sería la última guerra de los omphylarianos. En lo personal, no tengo ambiciones de poder; es más, deseo abandonar el cargo cuanto antes, pero no puedo hacerlo, porque le pertenece a mi hermano Richard, del que no tengo noticias hará unos cuatro o cinco años. Yo ocupo su puesto más bien como regente que como titular de la jefatura del Estado Planetario, lo cual le hará comprender mejor las cosas.

»Su misión, por tanto, consistiría tanto en evitar la invasión de mi planeta, como encontrar a mi hermano, a fin de que yo pueda cederle el cargo de duque-rey, y ello me permita retirarme a la vida privada. Caso de que acepte, el señor Huu-Dzo le entregará una suma suficiente para primeros gastos y concretará con él los detalles secundarios, así como el importe total de la operación. Igualmente, el señor Huu-Dzo me transmitirá su respuesta, por una clave especial, convenida previamente entre ambos, tanto si acepta como si no acepta hacerse cargo del caso. Le doy las gracias, capitán Caynd, por la atención que ha mostrado a este mensaje y espero dárselas personalmente algún día. Eso es todo.

Se oyó un leve chasquido. Sonó con las últimas palabras de Eugenia y, abstraído en lo que acababa de escuchar, Caynd no prestó demasiada atención al sonido.

—Bien, señor Huu-Dzo —dijo—, ahora, si me lo permite, estudiaré detenidamente la proposición de la duquesa-reina Eugenia...

Huu-Dzo no contestó. Estaba convirtiéndose en humo.

Caynd contempló el extraño fenómeno con ojos llenos de asombro, Diez segundos más tarde, el visitante era sólo una nubecilla de humo gris, que se disipó rápidamente en la habitación.

—¡Rayos! —juró Caynd, a la vez que se ponía en pie de un salto—. Pero, ¿qué diablos le ha pasado a ese hombre?

De Huu-Dzo no quedaban más rastros que algunos objetos metálicos: un reloj, una pluma, los anillos, un diente de oro... y un extraño tubito, de unos cinco centímetros de largo por medio de grueso, terminado en punta por uno de sus extremos.

Caynd se pasó una mano por la frente.

—¿Estaré soñando? —murmuró.

Y fue a salir de su mesa, pero entonces se tropezó con la mampara de vidrio, que aún continuaba bajada, y se pegó un formidable golpe en la frente, lo cual le arrancó una interjección nada académica.

Maldiciendo entre dientes, Caynd presionó la tecla del interfono.

—Venga, Kitty —llamó perentoriamente.

La secretaria entró en el despacho segundos más tarde. Su asombro fue enorme al no ver rastro del visitante.

—Pero, ¿dónde está el señor Huu-Dzo? —exclamó.

Caynd hizo un gesto significativo con las manos.

—Convertido en humo, Kitty —respondió.

—¡Cielos! —murmuró la secretaria, con claro acento de consternación.

CAPITULO II

—Esto es todo lo que queda de Huu-Dzo —dijo Caynd, a la vez que señalaba los objetos metálicos recogidos del suelo—. Diríase que ha sido objeto de un disparo desintegrante, pero aquí no se ha usado ningún arma, ni él tampoco llevaba una pistola encima.

Kitty, de cuyo rostro no había desaparecido aún la expresión de asombro, contemplaba el reloj, la pluma, los anillos y el diente de oro que estaban sobre la mesa y que habían pertenecido al difunto. Una cosa que le llamó extraordinariamente la atención fue el cilindro que había junto con los demás objetos.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—No lo sé —repuso Caynd—. Huu-Dzo lo llevaba encima, es todo cuanto puedo decirle, Kitty.

—Si me permite un consejo, capitán, usted tiene amigos en la policía. Hágalo analizar —dijo la muchacha.

—No es mala idea —convino él—. Y ahora, por favor, dígame qué le parece el mensaje de la duquesa-reina Eugenia.

—Muy interesante, aunque quedan algunos puntos oscuros por esclarecer, señor.

—¿Por ejemplo, Kitty?

—La respuesta. Usted tenía que transmitírsela a Huu-Dzo y él haría saber a Eugenia si aceptaba o no su misión. —Kitty había presenciado la grabación del mensaje de la duquesa-reina y conocía su contenido íntegramente—. Pero ahora que Huu-Dzo ha muerto...

—Todavía no sé si acepto o no —contestó Caynd—. Eso es algo que no depende solamente de mí, como usted sabe.

—Sí, señor, pero es que, además, queda en pie otra cuestión: el pago

de los honorarios. ¿Le entregó algo Huu-Dzo?

—No, no tuvo tiempo. Eugenia acababa de hablar cuando se convirtió en humo.

—¿Ha examinado el maletín?

Caynd se pegó una palmada-en la frente.

—¡Qué tonto soy! —exclamó—. Claro que este asunto me ha puesto un poco nervioso...

—¿Y el saquete? —preguntó Kitty. Lo tomó en sus manos y exclamó —: ¡Caramba, cuánto pesa!

Caynd soltó los cordones que ataban la boca del saquete y miró a través de su abertura. Una exclamación de pasmo brotó inmediatamente de su boca.

—¡Rayos!

—¿Qué hay ahí, señor? —preguntó Kitty, sumamente intrigada.

Caynd volcó el saquete. Una cascada de discos redondos, con bordes de oro, cayó sobre la mesa.

Kitty contuvo el aliento. Caynd creyó que los ojos se le salían de las órbitas.

Había, al menos, treinta discos, todos iguales, y cada uno de ellos medía casi diez centímetros de diámetro, por uno de ancho. Estaban hechos de una sustancia que parecía vidrio muy transparente y de gran pureza, en cuyas dos superficies había unos extraños grabados en bajorrelieve. El borde de oro era muy fino, puesto que el disco tenía sección lenticular biconvexa.

—Esto parecen monedas —dijo Kitty, pasmada.

—Son monedas —confirmó Caynd—. En cierta ocasión, vi a un

afortunado mortal que poseía un franco sittanulita. Era un hombre rico.

—Un franco sitta...—murmuró la secretaria—.¿Cuál es su valor, al cambio, con respecto a otras monedas?

—En la Tierra se usa ahora el escudo. Un franco sittanulita vale cinco millones de escudos o un millón de francos intergalácticos.

Kitty se sentó de golpe en una silla.

—Una oye cosas así y en el acto siente que las piernas se le convierten en mantequilla —dijo débilmente—. Señor, ahí tiene usted ciento cincuenta millones de escudos.

—Sí, lo sé, —contestó Caynd pensativamente—. Pero es un dinero que debemos ganarnos, Kitty.

—¿Piensa aceptar la misión de la duquesa-reina?

—Por supuesto. No sé cómo le enviaré la respuesta de aceptación, pero la ayudaremos. Kitty, mis hombres deben de andar desperdigados por ahí, aunque usted tiene sus direcciones y frecuencias para llamadas en clave urgente. Concéntrelos en mi casa de campo para dentro de setenta y dos horas. Tienen que enterarse del asunto.

—Sí, señor. Ahora mismo empezaré a hacer las llamadas. ¿Me permite una pregunta, señor?

—Desde luego, Kitty.

—¿Piensa avisar a la policía de lo que ha sucedido aquí?

Caynd asintió.

—Se ha cometido un crimen —contestó—. Mi deber es informar de lo ocurrido.

* * *

El teniente Wahai, gran amigo de Caynd, escuchó atentamente el relato que éste le hacía del suceso. Cuando Caynd hubo terminado de hablar, Wahai examinó los restos metálicos de Huu-Dzo.

—Le dispararon un proyectil desintegrante —dictaminó con seguridad.

—Pero, ¿cómo...? Estábamos él y yo solos. Wahai, los proyectiles desintegrantes no son como las balas comunes que, según sus calibres, pueden atravesar puertas y tabiques. Un proyectil desintegrante, en el mejor de los casos, habría hecho un pequeño agujero en la pared y ello nos habría dado tiempo a protegernos. Pero Huu-Dzo...

Wahai cortó las protestas de su amigo.

—Insisto, Laird; un proyectil desintegrante —dijo—. Y si no me crees, míralo, aquí lo tienes, en mi propia mano.

Caynd contempló el extraño tubito que formaba parte de los restos metálicos y cuyo objeto no había sabido comprender hasta entonces.

—Esto es...

—Sí —confirmó Wahai—. Lo que falta saber es cómo se lo dispararon. ¿No escuchaste tú el sonido del disparo?

Caynd se concentró unos momentos.

—Me parece haber oído un ligero chasquido hacia el final del parlamento de la duquesa-reina Eugenia, pero...

Wahai se dirigió inmediatamente hacia el videófono portátil. Lo volvió boca abajo y soltó las presillas que sujetaban la tapa inferior.

Algo que no formaba parte de los mecanismos del aparato surgió inmediatamente a la vista de los dos hombres.

—Eso parece —murmuró Caynd.

—Un tubo lanzador de proyectiles, por medio de aire comprimido y accionado por una señal eléctrica —identificó el policía—. Sirve solamente para una vez, puesto que, tras el disparo, el diminuto depósito de aire comprimido queda agotado, como puedes comprender. Pero es suficiente para liquidar a una persona, Laird.

—Lo que yo no entiendo es cómo le acertó a la primera —dijo Caynd.

Wahai hizo saltar el tubito en la palma de la mano.

—Esto es una especie de cohete direccional, que transportaba el auténtico proyectil desintegrante —indicó—. Probablemente, guiado por algún objeto metálico que portaba Huu-Dzo o tal vez por su propia fórmula orgánica, indudablemente conocida de los asesinos.

—Ya no me cabe la menor duda, Wahai. Lo que también me cuesta comprender es por qué el disparo fio se efectuó antes, sino que se produjo cuando Eugenia estaba terminando su mensaje.

—Tal vez había dentro un mecanismo de tiempo, que actuaba al cabo de equis minutos. Eso lo sabremos mejor en el laboratorio de la policía, si me permites que me lleve el videófono.

—Por supuesto, aunque sin el mensaje de Eugenia. Me interesa aprendérmelo de memoria, Wahai.

—No hay inconveniente, aunque te ruego me envíes una copia de la grabación en cuanto puedas.

—De acuerdo —accedió Caynd.

—Ah, se me ocurre una cosa, Laird —dijo el policía.

—¿Sí, Wahai?

—A los que mataron a Huu-Dzo no les importaba, al parecer, que conocieses el mensaje de Eugenia. Les importaba, estimo, bastante más, la advertencia que para ti supone la muerte del mensajero.

¿Comprendes lo que quiero decirte, Laird?

—Por supuesto, Wahai. Simplemente, no quieren que vaya a Sittanul.

—Eso es lo que yo pienso. Lo que tú hagas, Laird, es cuenta tuya.

—Pienso ir —aseguró el joven.

Wahai se encogió de hombros.

—Tienes una profesión muy arriesgada —dijo—. ¿Por qué no te dedicas a granjero?

—Lo haré cuando empiece a echar tripa y vea que me quedo calvo —rió Caynd.

Wahai lanzó un bufido, porque Caynd acababa de describir exactamente su aspecto personal. El joven se echó a reír, y para que se le pasara el disgusto a su amigo, llenó dos copas.

—Todavía me atrae la profesión, pese a sus riesgos —dijo.

—Sí, pero date prisa a ganar dinero, porque he oído que el Parlamento terrestre, en vista de las protestas diplomáticas de otros planetas y sistemas planetarios, va a prohibir la actividad de las agencias de mercenarios —contestó Wahai.

* * *

—Me parece que ésta va a ser la última misión que desempeñemos, Kitty —suspiró Caynd.

—¿Por qué, señor? —preguntó la hermosa secretaria.

—El mío es un oficio que tiende a desaparecer. Si lo prohíbe el Parlamento terrestre... Bueno, no hablemos de lo que todavía no ha sucedido, Kitty. ¿Ha avisado a los muchachos?

—A todos, señor. Estarán en su residencia campestre el día y a la hora

anunciados. Davy Baddington ha dicho que ya empieza a revisar la nave.

—¿Le ha dicho que salimos de viaje?

—No, pero se lo imaginó. Me dijo que cada vez que hay una convocatoria semejante, salen de viaje, así que manifestó que se iba directamente al astropuerto.

—Rúen muchacho —sonrió Caynd—. Por supuesto, usted estará presente en la reunión y tomará las notas que sea preciso.

—Sí, señor.

—Ah, y como de costumbre, usted recibirá una parte igual a la de los demás.

—Pero ya tengo mi sueldo.

—Es la costumbre en la agencia, Kitty. Del precio contratado se deducen gastos y sueldos. Luego se reparte el beneficio a partes iguales, salvo la mía, que es un diez por ciento superior, pero no en calidad de jefe, sino de propietario de la astronave.

Kitty sonrió brillantemente.

—Me parece muy justo, señor —contestó.

Caynd se dirigió hacia la puerta.

—Yo me voy ahora hacia el astropuerto; quiero echar una parrafada con Davy Baddington. Nos veremos en mi casa de campo pasado mañana, Kitty —se despidió.

—Sí, señor.

El aeromóvil de Caynd estaba en la terraza del edificio. El astropuerto tenía unas coordenadas determinadas, que él programó en la computadora de rumbos del aparato, por medio de un teclado en el que

había cifras y letras, muy parecido al de los videófonos corrientes. Era el procedimiento que se usaba comúnmente al emplear un aeromóvil, lo cual excluía las colisiones con aparatos en vuelo o con edificios u obstáculos inmóviles.

A continuación, presionó la tecla de arranque. El aeromóvil se elevó, y media hora más tarde, Caynd descendía en uno de los huecos de la explanada de estacionamiento, captado por el radar de a bordo.

Momentos después, entraba en la nave.

—¡Eh, Davy! —gritó desde la entrada.

Baddington se asomó desde la borda de una de las cubiertas superiores.

—¡Hola, jefe! Sube y te daré una taza de café.

—¿Todo bien a bordo, Davy? —preguntó Caynd, mientras se dirigía al ascensor.

—Por ahora, todo marcha estupendamente. Me faltan un par de revisiones, pero no creo encontrar nada que merezca siquiera un golpe de destornillador.

El ascensor llevó a Caynd tres pisos más arriba. Baddington era un sujeto menudo, casi ratonil, que estaba en aquellos momentos vestido solamente con unos pantalones cortos. En algunas regiones de su cuerpo se veían manchas de grasa. Era el ingeniero de la nave y también piloto en caso necesario.

—Parece que tenemos entre manos un buen asunto, ¿eh, Laird? —dijo, mientras le entregaba la taza de café prometida.

—Ciento cincuenta millones como anticipo, Davy —contestó el joven.

Baddington se quedó sin habla.

—Es una cifra mareante... —murmuró.

—El dinero está ingresado en el Banco. Si quieres, te enseño el recibo.

—No es necesario, me fío de tu palabra. Pero, ¿quién hay en este universo capaz de pagar una suma de ese calibre?

—Davy, es muy probable que este dinero sirva al grupo por última vez. Si las noticias que tengo sobre las actividades de las agencias de mercenarios son ciertas...

Baddington extendió una mano.

—Cuidado, Laird —exclamó en voz baja—. Me parece que tenemos visitantes a bordo y que no han venido precisamente para saludarnos.

CAPITULO III

Caynd dejó la taza a un lado y fijó la vista en la pantalla de control de entrada que había en uno de los lados de la cabina de mando, que era donde se hallaban en aquellos momentos. La pantalla reflejaba la imagen de dos hombres, uno de los cuales era portador de un paquete en forma de maleta.

—Acaban de entrar —murmuró Baddington—. ¿Qué diablos se proponen esos tipos? ¿Por qué no han tocado el timbre de llamada, que está bien señalado, junto a la escotilla?

—Yo tampoco lo toqué, Davy —manifestó Caynd.

—Pero me has llamado a gritos y esos tipos no lo han hecho. Esto no me gusta, Laird,

La cámara seguía puntualmente los movimientos de los dos sujetos. Uno de ellos, de repente, se detuvo junto al ascensor.

El otro miró al lado opuesto del aparato. De pronto, bajó la vista.

—Aquí, tú —indicó, a la vez que se arrodillaba, con un destornillador a motor en las manos.

El aparato estaba movido por un diminuto motorcito, que recibía su energía de una pila. El intruso puso en funcionamiento el aparato y empezó a soltar los tornillos de cruz que sujetaban una de las planchas que componían el suelo.

—Ese tipo conoce bien las naves como la nuestra —murmuró Baddington—. Si lo que hoy han traído es una bomba, la van a colocar nada menos que en el distribuidor de energía.

—Y probablemente, graduada con la espoleta para que haga explosión en pleno espacio —añadió Caynd.

—Pero nosotros no se lo vamos a permitir, ¿verdad?

Caynd se dirigió hacia la puerta. Baddington le siguió, armado con una llave inglesa de tamaño más que respetable.

—Soy tonto —refunfuñó Caynd—. He dejado mi pistola en casa.

—¿Quieres que vaya al armero? Allí tenemos pistolas y rifles de sobra —propuso el ingeniero.

—Ya es tarde, Davy. Pero dame esa llave, por favor.

La herramienta pasó a manos de Caynd, quien, segundos más tarde, se asomaba a la barandilla.

—¡Eh, ustedes! Dejen esa bomba ahí o llamaré a la policía inmediatamente.

La sorpresa de los dos intrusos fue total. El que estaba arrodillado se puso en pie de un salto.

—¡Maldición! Nos han descubierto —exclamó.

Su compañero fue más práctico. En lugar de hablar, sacó una pistola y alzó la mano, apuntando hacia arriba, pero ya la llave inglesa descendía como un proyectil y alcanzó al individuo en medio de la frente.

El sujeto se desplomó con el cráneo abierto. Un último espasmo le hizo apretar el gatillo cuando ya caía.

Un violentísimo fogonazo se produjo a continuación.

El otro individuo voló despedazado por los aires a consecuencia del estallido. ,

Caynd y el ingeniero resultaron derribados por la onda explosiva. Durante unos momentos, Caynd permaneció aturdido, creyendo que se le habían roto los tímpanos por la potencia de la explosión.

La mano del joven subió instintivamente hacia su mejilla izquierda, en

donde algo había cortado la piel. Miró los dedos y los vio manchados de rojo.

—¡Davy! —llamó—. ¿Estás bien?

—Sí, pero… diablos, ese petardo...

Caynd gateó y vio en el suelo de la esclusa de entrada un enorme boquete. En la pared frontera se veían los restos de algo que había sido una persona.

El que había intentado disparar la pistola se había convertido igualmente en fragmentos. Cuando se repuso de la impresión, Caynd contempló el agujero causado por el estallido de la bomba y meneó la cabeza.

—Se han dejado el pellejo en la empresa, pero han conseguido lo que buscaban —murmuró lúgubremente, a la vez que se estremecía pensando en lo que iba a costar reparar los desperfectos y no precisamente en el aspecto económico.

* * *

—Comuníquese con la Readly & Stockson y pregunte cuánto tardarán en despachar una nave tipo Carlson XII —ordenó Caynd a su secretaria—. Por supuesto, el precio no es cuestión relevante; lo que importa es el tiempo que tardarán en despachar el aparato.

—Sí, señor —contestó Kitty.

—Hable con el ingeniero Morillo; es amigo mío. Puede que ello active las gestiones.

—Lo tendré en cuenta, señor.

—Otra cosa. ¿Ha preparado los informes sobre Sittanul y Omphylar que le solicité anteayer?

—Estoy terminando, señor. De todas formas, la Enciclopedia

Galáctica no es demasiado explícita al respecto. El reciente establecimiento de relaciones con ambos planetas hace que no se conozcan aún demasiados detalles sobre los mismos.

—Comprendo. De todas formas, lleve a la reunión lo que haya conseguido, Kitty. Y otra cosa, por favor.

—Dígame, señor.

—Estudie una y otra vez la grabación de la duquesa-reina. Es posible, aunque no seguro, que Eugenia intentase transmitirnos un mensaje en clave dentro de la misma grabación. Pásela primero a la mitad de revoluciones, después a tres cuartos de la velocidad normal y... Bien, usted ya conoce el procedimiento, Kitty.

—Sí, señor.

—Yo me marcho, ahora mismo. Tengo algo importante que hacer y no será divertirme, aunque pueda parecerlo —sonrió Caynd.

—Tenga cuidado, señor —aconsejó la muchacha—. Este asunto se está poniendo muy feo.

Caynd se acarició la tira de celulina regenerativa que cubría el rasguño de su mejilla. Dos días más tarde, la celulina sería reabsorbida por el organismo y no quedaría el menor rastro de la herida.

—Fue un petardo de los gordos —comentó jovialmente—. Pero no resultó tan fuerte como para destruir una pista que estimo importante.

—¿De veras? ¿Ha encontrado algo de interés, señor? —preguntó Kitty, muy intrigada.

—Sí, casi lo que podría llamarse una pista clásica. Fósforos con la marca de un local de categoría. Precisamente porque lo es, recurre a este anticuado procedimiento, que resulta muy del agrado de la clientela.

—Ah, ya entiendo —sonrió la secretaria—. Las cosas antiguas nunca pasan de moda.

—Así es. Bien, no olvide mis recomendaciones, Kitty. La veré mañana en mi casa de campo.

—Sí, señor.

* * *

El local se llamaba Old Tavern y la decoración, pese a lo que dijeran muchos *snobs,* resultaba desastrosamente falsa. Incluso los vestidos de las camareras, cuyo único atractivo consistía en el enorme escote que lucían todas, eran ridículamente ficticios. Caynd confío que en aquella supuesta «Vieja Taberna» los licores fuesen, por lo menos, genuinos.

—Aunque también puede que el jerez o el escocés sean sintetizados —mascullό, a la vez que se sentaba en una mesa.

Una camarera de senos pomposos se le acercó. Caynd pidió un doble de escocés.

—Genuino —puntualizó.

—Le costará veinticinco escudos —advirtió la mujer.

—No le he preguntado el precio —contestó él, secamente.

La camarera se encogió de hombros.

—Los hay chiflados. Saben igual, tienen el mismo color, el mismo aroma..., pero el precio es cinco veces menor en el whisky sintetizado —murmuró.

—Usted ni siquiera tiene la amabilidad sintetizada —dijo Caynd, con desparpajo; Sacó una moneda de cincuenta escudos y la tiró con certera puntería al escote de la camarera—. Guárdate la vuelta, gruñona.

La expresión de la camarera se dulcificó un tanto. A los pocos momentos volvió con la bebida solicitada.

—Cuando tengas un momento libre, ven, si quieres ganarte cien escudos —dijo el joven.

Los ojos de la camarera brillaron.

—Encantada —contestó.

Y se marchó, con incitantes movimientos de caderas.

Caynd tomó un sorbo. Sí, era whisky legítimo. «Por lo menos, no engañaban en este aspecto», pensó.

Una mujer, rubia y de figura sumamente atractiva se paró de pronto frente a él.

—Si mis ojos no me engañan, y eso que tengo en el cuerpo cuatro dobles de escocés, este tipo que tengo delante de mí es nada menos que el capitán Caynd —dijo.

El aludido la miró y dio un respingo.

—¡Rosa! —exclamó—. ¿Qué diablos hace usted aquí?

Ella se encogió de hombros.

—Me divierto —contestó—. Lo paso bien, capitán.

—Pero usted me dijo que se despedía porque iba a casarse.

Rosa Uttoni soltó una carcajada. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que tenía alguna copa de más en el cuerpo.

—Era sólo un embuste —respondió—. Ella me pagó doscientos cincuenta mil por el puesto de secretaria.

—¿Ella? ¿Se refiere a Kitty MacDonald? —comprendió de golpe.

—Sí, la misma. Era una buena oferta y la acepté. No me dijo los motivos por los cuales quería ser su secretaria, pero el cuarto de millón que me pagó, le daba derecho a callar, ¿no cree?

Caynd se sentía atónito. Antes de que pudiera decir nada más, Rosa volvió a lanzar una nueva risita y lo dejó solo.

«Preocupante —murmuró el joven para sí—. ¿Por qué diablos una chica como Kitty tendría que hacer una cosa semejante?»

Se lo preguntaría apenas la viese. O si no, mejor todavía, cuando la ocasión se presentase propicia.

La camarera vino minutos más tarde y se sentó frente a él. Caynd observó que se había cambiado de ropa. Ahora llevaba un vestido mucho más ceñido y con menor cantidad de tejido.

—Me llamo Linda —dijo—. Ya he terminado mi turno y estoy libre.

Caynd sonrió.

—¿Vives muy lejos de aquí? —preguntó.

—Cuatro o cinco manzanas. Tengo un pisito muy mono y el whisky que hay allí, aunque no sea de gran clase, es, por lo menos, genuino.

Caynd se puso en pie.

—Linda, sospecho que voy a tener que doblar la suma ofrecida —dijo maliciosamente.

—Quizá te resulte gratis, buen mozo —contestó la camarera, con expresión significativa.

CAPITULO IV

El hombre que abrió la puerta tras la llamada de Caynd era robusto, de facciones duras y cráneo pelado. Al ver a su visitante, se puso en guardia.

—Usted es Burt Compton —dijo Caynd.

—Así me llamo, pero no recibo a vendedores a domicilio.

—Yo soy comprador, Burt. De informaciones.

—No sé a qué viene.

—Burt, ¿por qué no hablamos mejor adentro?

De repente, Compton quiso cerrar la puerta, pero Caynd adivinó su intención y cargó con el hombro. Compton lanzó un gruñido al sentirse despedido.

Trastabilló, pero se recuperó y corrió en busca de algo en el cajón de una consola. El pie de Caynd llegó antes y cerró el cajón con indescriptible violencia.

Compton emitió un aullido de dolor. Caynd le golpeó con dureza en la nuca y lo derribó al suelo fulminado.

Cuando se despertó, Compton se encontró en una extraña postura.

Estaba suspendido del techo por los pies, con la monda cabeza a veinte centímetros del suelo. Sus manos estaban pegadas a los costados, por medio de unas ligaduras que el joven había hecho con unas tiras de sábana.

—La casa está bien construida —dijo Caynd, apaciblemente—. El gancho de la lámpara soporta perfectamente sus ochenta kilos de peso, Burt.

—¿Por qué- me hace esto? —gritó Compton—. Usted no tiene derecho alguno. ¡Suélteme en el acto, bandido!

Caynd estaba sentado plácidamente en un diván, con un cigarrillo encendido entre los labios.

—Burt, usted era amigo de dos tipos llamados Mallory Kid y Teane Ramsay —dijo—. Usted conoce ya su suerte: murieron despedazados por la explosión de una bomba que querían poner en mi nave. La averiaron poco menos que irremisiblemente, es cierto, pero ellos...

—No sé quiénes son esos tipos, no los he visto nunca —chilló el prisionero.

—Alguien le vio hablando con ellos en el Oíd Tavern, Burt —manifestó el joven, implacable, si bien, prudente, se abstuvo de comunicarle que su informante había sido Linda—. Tengo noticias sobre usted: se dedica a trabajos sucios como el que esos dos tipos querían hacer en mi astronave y, en ocasiones, también al asesinato por encargo. Ahora bien, como opino que usted no envió a Mallory Kid y al otro por propia iniciativa, he pensado que podría facilitarme el nombre de la persona que le encomendó el trabajito. ¿Me entiende ahora, Burt?

—No diré nada.

Caynd soltó una risita.

—Temo que no se haya dado cuenta exacta de su situación, muchacho —dijo—. Su cabeza está a menos de un palmo del suelo. He visto por ahí un pequeño infiernillo eléctrico. Usted, tal como se encuentra ahora, no puede verlo, aunque sí el cable de conexión.

Compton palideció espantosamente.

—Usted no será capaz...

—Sí seré —dijo Caynd, inflexible, a la vez que agitaba el enchufe a

dos metros de los ojos de su prisionero—. Primero había pensado en encender algunos papeles, pero no quise contaminar la atmósfera del piso. El hornillo eléctrico resulta mucho más cómodo.

Se puso en pie y caminó hacia la toma de corriente, agachándose junto a la misma. Compton lo vio y lanzó un espantoso chillido:

—¡No, no lo conecte!

—El nombre, Burt —pidió Caynd, sin cambiar de postura.

—Tuk-Fyyd, del Consulado omphylariano.

—¿Cuánto le pagó por el trabajo?

—Cien mil.

—¡Qué tacaño! —se escandalizó Caynd, pensando en el cuarto de millón que Kitty había pagado por convertirse en su secretaria—. Seguro que usted despachó al Kid y a Ramsay con un par de miles, ¿no es así?

Compton guardó silencio. Caynd se encogió de hombros.

—Bueno, tampoco es éste un asunto que me importe demasiado -^añadió, displicente—. Gracias por la información, Burt.

Y se dirigió hacia la puerta.

—Oiga —vociferó el colgado—, pero, ¿es que me va a dejar así?

Caynd se volvió y sonrió.

—Tiene suerte de estar colgado sólo por los pies —contestó—. | Merecería que lo colgase por el cuello!

Y salió, dando un portazo, sin hacer el menor caso de los atroces insultos que le dirigía Compton.

* * *

Había unos doce o catorce individuos sentados en todas las posturas, pero formados en semicírculo frente a Caynd, quien permanecía en pie. Kitty estaba sentada a la derecha del joven, mientras éste exponía la situación a los miembros de su agencia.

—Pienso que es una buena ocasión —decía Caynd—. No sólo por el asunto en sí, sino por las noticias que tengo de una futura prohibición de nuestras actividades. Debo confesar con orgullo que jamás hemos intervenido en nada deshonesto, pero otros no parecen considerarlo así y muy pronto las agencias de mercenarios serán suprimidas.

«Claro que continuarán, con otro nombre, pero sus componentes serán perseguidos y castigados con mucha severidad. En cuanto a mí, prefiero, después de haber solucionado el problema de la duquesa-reina Eugenia, retirarme a descansar una buena temporada, antes de empezar otra vida. Por supuesto, espero vuestra opinión antes de dar una respuesta afirmativa a Eugenia.

La mano de Rod Hurton se alzó.

—Jefe, hemos oído los informes que Kitty ha tomado sobre Sittanul y Omphylar —dijo—. ¿Se conoce algún dato más? Me han parecido un tanto escasos.

—Esos planetas están en relación con la Tierra desde hace poco tiempo. Lo que no sepamos ya, tendremos que averiguarlo sobre el terreno.

—Ellos, los omphylarianos me refiero, están enterados de que Eugenia nos quiere contratar —manifestó Teddy Sohlon—. ¿No tendremos dificultades con el gobierno de Omphylar?

Caynd sonrió.

—No es un asunto que se haya hecho público ni se vaya a hacer —respondió—. Por lo que deduzco, el hermano de Eugenia fue

secuestrado por Nyphod. Por tanto, si lo rescatamos, Nyphod no protestará, al menos públicamente.

—¿Opinas que Richard está en poder de Nyphod desde hace diez años al menos? —preguntó Ciro Losada.

—Podría ser, ¿no crees?

—Pero, en tal caso, ¿por qué tenerlo tantos años prisionero? —quiso saber Baddington.

—La gente de Omphylar está empezando a cansarse de la guerra. Su planeta no es demasiado acogedor. Tal vez una guerra de conquista al estilo clásico resultase impopular. En tal caso, el posible acondicionamiento de Richard, para tenerlo como cabeza visible del Estado Planetario de Sittanul podría ser un buen plan, a fin de evitar una expedición bélica.

—Es muy posible, en efecto —convino Lin-Yu, otro de los miembros del grupo—. ¿Cómo enviarás la respuesta a la duquesa-reina, Laird?

Caynd se volvió hacia la secretaria.

—¿Kitty?

—He estudiado a fondo el mensaje grabado. Tenía una micropista grabada alternativamente con el mensaje normal —declaró la muchacha—. La respuesta debe ser transmitida por una estación espacial nueva, secreta, cuyas coordenadas se indican en el mensaje reservado. Según esas coordenadas, la estación espacial será puesta en órbita dentro de tres semanas, exactamente, y, al parecer, su único objeto es recibir nuestra respuesta. Una vez la haya transmitido, el satélite se destruirá por sí mismo.

—¡Bravo! —exclamó Losada—. Esa duquesa-reina es una chica inteligente.

—¡Hum! —dijo Caynd, que recordaba perfectamente la forma en que

había sido transmitido el mensaje—. Inteligente sí lo parece, pero con respecto a la edad...

—Será una venerable ancianita de cabellos blancos —rió Hurton.

—Una cosa, Laird —preguntó John Morris—. ¿Qué se sabe del omphylariano que pagó para que destruyeran nuestra nave? Me refiero a Tuk-Fyyd, naturalmente.

—Se ha largado. Está de viaje, hacia Omphylar, por supuesto.

—Lástima, me habría gustado retorcerle el pescuezo.

Caynd se echó a reír.

—Puede que muy pronto se te presente la ocasión —dijo—. Bien, ya sólo falta votar, a favor o en contra. Los que estén a favor, que levanten la mano.

Doce o catorce brazos se alzaron unánimemente.

Caynd sonrió, complacido.

—Gracias, muchachos —dijo—. Cuando terminemos este asunto, nos separaremos. Siempre os recordaré con agrado y... —suspiró— no sin un poco de melancolía.

—Vamos, vamos, no te pongas triste —dijo Baddington—. Ahí, a tu derecha, tendrás quien te consolará de nuestra ausencia.

Caynd se volvió hacia Kitty.

—Por cierto —exclamó—. Tengo que hablar con usted. A solas, si no tiene inconveniente.

La muchacha se puso en pie.

—A sus órdenes, señor.

Caynd abrió la puerta de la estancia contigua y dejó que Kitty pasara delante de él. Cerró y se encaró con ella.

—Kitty, debo felicitarla por la perspicacia que le ha permitido encontrar el mensaje secreto de Eugenia... —dijo—. ¿Era sólo verbal o había también otras imágenes?

—Verbal solamente, señor.

—Ya —murmuró él, pensativamente—. Ahora, por favor, explíqueme las causas que la impulsaron a sobornar con un cuarto de millón a Rosa Uttoni, mi anterior secretaria, para que le cediese a usted el puesto.

Hubo un momento de silencio. De súbito, Kitty dio media vuelta y quiso escapar por una ventana próxima que permanecía abierta, a causa de la excelente temperatura que reinaba en aquellos parajes.

—¡Quieta! —gritó Caynd, a la vez que saltaba hacia ella.

Alargó una mano y agarró su brazo derecho. Tiró hacia sí... ¡Y se quedó con el brazo en la mano!

Sonaron varios chasquidos. Kitty se desplomó al suelo. Su cuerpo mutilado despidió algunas columnitas de humo por diversos puntos.

Caynd se quedó completamente desconcertado durante unos instantes. Luego, girando sobre sus talones, cruzó la estancia y abrió la puerta que daba a la sala.

Las conversaciones de los hombres que estaban allí cesaron en el acto. Todos los ojos se fijaron en el brazo artificial que Caynd sostenía en la mano.

—Kitty era un robot —dijo el joven, dramáticamente.

Hubo un largo espacio de silencio. Luego, Baddington hizo una pregunta que resumía el sentir general de todos los presentes:

—¿Serán ciertos los informes que ella nos ha proporcionado?

CAPITULO V

—Estamos a punto de alcanzar el satélite secreto de la duquesa-reina Eugenia —informó Baddington, tres semanas más tarde.

Caynd asintió en silencio. Estaba en pie, en la cabina de mando, junto al piloto. Los otros se encontraban en distintas secciones de la nave, preparando todo para el momento del desembarco, que presumía daría comienzo a la acción.

—Veo que sigues preocupado, Laird —dijo Baddington.

—Sí. Los informes parecían sinceros, pero el hecho de que Kitty resultase ser un robot, me hace dudar de ellos.

—Vamos, tú piensas que su autenticidad es sólo aparente, ¿no es así?

—Incluyendo los datos sobre el satélite secreto, Davy.

—¿Temes que se trate de una trampa?

—Una vez quisieron poner una bomba en la nave, recuérdalo.

—No, no quiero recordarlo —se estremeció el piloto—. Aquellos pobres diablos, hechos pedazos.

—Puede que ahora intenten hacer lo mismo, Davy.

—¿Cómo tienes que enviar la respuesta, Laird?

—Por señales ópticas que el satélite traducirá y enviará al suelo sittanulita. Pero para que ese mensaje sea recibido y transmitido correctamente, habremos de situarnos a una distancia claramente especificada en las instrucciones.

—¿Cuántos kilómetros, Laird?

—Millón y medio, con un margen de error no superior a veinte mil

kilómetros en un sentido u otro, Davy.

Baddington hizo un gesto con la mano.

—Oh, no hay por qué preocuparse —exclame—. A esa distancia...

—Si el satélite contiene una bomba parasolar, a diez millones de kilómetros nos convertiría en polvillo cósmico, Davy.

—Diablos —masculló el piloto, sumamente preocupado—. Eso significa que si no nos acercamos, Eugenia no recibirá el mensaje.

—Lo recibirá, créeme. ¿A qué distancia nos hallamos ahora del satélite?

—A cincuenta y pico de millones de kilómetros. Lo tengo en todas las pantallas, Laird —contestó el piloto.

Caynd dio media vuelta.

—Es hora —dijo lacónicamente.

—Eh, ¿adónde vas? —preguntó Baddington, intrigado por la actitud del joven.

Ya lo sabrás dentro de unos momentos. Cuando te llame por interfono, inicia un viraje de ciento ochenta grados. ¿Entendido?

—Sí, pero...

Baddington no pudo continuar; Caynd había salido ya de la cabina de pilotaje.

Cinco minutos más tarde, recibió la llamada:

—Empieza la virada, Davy.

—Sí, Laird.

Momentos después, Caynd penetraba de nuevo en la cabina.

—Davy, conecta las cámaras de babor y las posteriores —ordenó.

Baddington obedeció. Varias pantallas se encendieron en el acto en el gran cuadro de mandos.

Los ojos de los dos hombres estaban fijos en las pantallas. En una de ellas, súbitamente, apareció la imagen de un cuerpo celeste.

—Sittanul —informó Baddington—. A doscientos millones de kilómetros en la realidad, aunque mucho más cerca para nuestra visión, gracias a la cámara telescópica.

—Procura captar el satélite, Davy —pidió Caynd.

Baddington lo hizo así. Momentos más tarde, un gran cilindro, dotado de numerosas antenas, aparecía en una de las pantallas.

El piloto vio de repente algo en otra pantalla. Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios en el acto:

—¡Laird, veo un bote espacial dirigiéndose hacia el satélite!

—Exactamente —confirmó el joven—. Un bote espacial, con el mensaje óptico grabado previamente. Si el satélite es una trampa, a nosotros no nos pasará nada, ¿comprendes?

Baddington se echó a reír.

—Tipo astuto —masculló, jovialmente.

Transcurrieron algunos minutos. Laird tenía la vista fija en su reloj.

—Bien —exclamó de pronto—, el mensaje ha sido transmitido ya. Ahora, tranquilamente, esperaremos la respuesta de Eugen...

Un colosal fogonazo interrumpió de repente sus palabras. Fue como la aparición de un pequeño sol, que ardió con potencia colosal durante

más de sesenta segundos, antes de que su deslumbrante resplandor se extinguiera.

Baddington tenía la boca abierta.

—¡Rayos, Laird! —dijo—. Tenías razón: el satélite era una trampa.

—A partir de ahora, no podrás decir que no has contemplado el estallido de una bomba parasolar —sonrió Caynd.

Algunos de los miembros del grupo, atraídos por el resplandor, entraron en la cabina. Caynd les informó de lo sucedido.

—Entonces, la duquesa-reina no ha recibido la respuesta —dijo Sohlon.

—Yo la he enviado —respondió Caynd—. Si Eugenia la ha recibido o no, es algo que no puedo asegurar, pero que sí sabremos cuando hayamos llegado a Sittanul. Davy, vuelve a tu rumbo ordinario, por favor.

—Sí, Laird —contestó el piloto.

* * *

Treinta minutos más tarde, la nave estaba de nuevo en la órbita correcta que terminaría en la superficie de Sittanul.

De repente, una lámpara centelleó en el cuadro de mandos. John Morris estaba de guardia y presionó la tecla correspondiente, haciendo que se encendiera el receptor de mensajes escritos.

Al mismo tiempo, usó el teléfono interior:

—Davy, ven, pronto —llamó—. Alguien quiere decirnos algo por escrito.

Unas letras aparecieron en la pequeña pantalla del receptor:

USE RECEPTOR VIDEOFONICO FRECUENCIA

A-K-700 DENTRO DE CINCO MINUTOS

EXACTAMENTE

Morris tomó la hora. Poco después, entraba Caynd en la cabina y le informó de lo ocurrido.

Caynd frunció el ceño.

—Orienta la antena exterior número siete —ordenó—. Es la que captará las emisiones en esa frecuencia. Haz que se sitúe en ciento veintidós grados Este con relación al eje de la nave. La inclinación en deriva será de seis grados positivos.

—Está bien, Laird.

El receptor estaba ya conectado. Morris contaba los últimos segundos a media voz.

De pronto, exclamó:

—Faltan solamente cinco segundos, Laird.

Casi en seguida, apareció en la pantalla aquella figura enlutada que Caynd conocía muy bien. La duquesa-reina dijo:

—Espero, capitán Caynd, que capte usted la emisión visual y sonora de este mensaje. No se moleste en contestarme; no tendría tiempo de hacer funcionar el receptor. Escúcheme bien, capitán: usted y sus amigos están corriendo un gravísimo peligro. Vire en redondo inmediatamente y procure llegar a Sittanul por el hemisferio opuesto al de la capital, en donde un mensajero de toda mi confianza les recibirá. .

La figura y la voz de Eugenia se esfumaron repentinamente. Caynd lanzó una maldición.

—Condenada avería —gruñó.

—No es ninguna avería —dijo Losada, que era el experto en comunicaciones del grupo—. Simplemente, Eugenia ha cortado la emisión.

—Incluso yo diría que ha tenido que salir por pies del lugar desde donde nos hablaba —añadió Baddington.

Caynd se sintió preocupado al oír aquellas palabras que muy bien podían reflejar exactamente la situación. Pero antes de que pudiera decir nada, Morris lanzó una exclamación:

—¡Eh, la velocidad se ha reducido en una décima parte!

Baddington avanzó unos pasos.

—Déjame el sitio, John —pidió.

—Eugenia ha dicho que viremos en redondo. Haz la maniobra correspondiente, Davy —ordenó Caynd.

—No te preocupes —contestó el piloto.

Los cohetes direccionales entraron en funcionamiento. Baddington tenía fija la mirada en los instrumentos que marcaban la velocidad.

Pasaron algunos minutos. De pronto, Baddington dijo:

—La velocidad se ha reducido casi en un sexto.

—Puede tratarse de una avería en los propulsores —sugirió Caynd.

—Imposible. Los detectores permanecen normales. Además, en tal caso, seguiríamos marchando por inercia, a la misma velocidad, durante muchísimo tiempo. —Baddington inspiró con fuerza y añadió —: Yo diría que hay algo extraño que nos está frenando, Laird.

—¿Frenar? —exclamó Caynd, atónito—. Davy, ¿crees que existe

algún aparato capaz de parar nuestra nave?

—Laird, hasta ahora yo había creído que se trataba de paparruchas sin sentido o leyendas de astronautas dados al alcoholismo, pero empiezo a convencerme de que es cierto.

—Pero, ¿qué diablos es cierto, Davy?

—No sólo los peces, sino también algunas clases de pájaros se capturan con red. Y eso es lo que nos está sucediendo a nosotros, Laird —respondió el ingeniero piloto.

—¡Cielos! —dijo Caynd, que empezaba a comprender la verdad—. Una red espacial.

—Exactamente —corroboró Baddington, sin pestañear.

* * *

La astronave se balanceaba suavemente en el espacio, aunque .la red resultaba completamente invisible para sus tripulantes. Pero todas las agujas de los instrumentos que señalaban la velocidad del navío espacial apuntaban hacia la cifra cero.

—Como cuando está parada en tierra —murmuró Caynd, sombríamente.

Todos los esfuerzos realizados por librarse de aquella invisible red espacial habían resultado inútiles. Ni el lanzamiento de unos cuantos torpedos de gran potencia, como tampoco el empleo de poderosas descargas antimagnéticas o de energía de signo supuestamente contrario a la que les tenía atrapados, habían dado el menor resultado.

La detención de la nave no sólo se apreciaba en los instrumentos de a bordo, sino por simple observación visual. Sus ocupantes podían contemplar algunos de los asiros que formaban parte del sistema solar al que pertenecía Sittanul y los veían completamente inmóviles, al contrario de lo que sucedía una hora antes, en que los veían desfilar

velozmente, quedándose atrás en su viaje hacia el planeta de destino.

—Me parece ser como la mosca en la red de la araña —dijo Losada, con lúgubre acento.

—Laird, no nos hemos encontrado nunca en una situación semejante —manifestó Sohlon—. ¿No se te ocurre a ti ninguna idea para salir de este condenado apuro?

—Hemos enviado un bote salvavidas no tripulado, con el fin de comprobar si su menor tamaño le permitía pasar a través de las mallas de esa red —contestó Caynd—. Míralo, Teddy, ahí lo tienes, a menos de cincuenta kilómetros de distancia, tan parado como la nave.

Sohlon asintió. Intentar la escapatoria con sus trajes individuales de vacío era una locura, aunque los dotasen de propulsores individuales. Podrían aguantar unas horas en el espacio solamente, pero todos sospechaban que las mallas de aquella red invisible eran tan diminutas, que ni un objeto del tamaño de un ser humano podría atravesarla.

Y asimismo sospechaban que el que quisiera intentarlo quedaría igualmente atrapado y moriría a las pocas horas por simple asfixia.

De repente, una astronave se materializó a menos de mil metros de ellos. Sonaron varias exclamaciones de asombro.

La astronave se aproximó con gran lentitud. Un proyector brilló de repente en uno de sus costados, pidiendo por morse comunicación videofónica.

Caynd se precipitó hacia el cuadro de mandos.

—Habla el capitán Caynd —dijo—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué pretenden de nosotros?

En la pantalla apareció un rostro de expresión jovial, redondo, de ojillos maliciosos y sonrisa zorruna.

—Celebro verle, capitán Caynd —habló el individuo—. Soy Tuk-Fyyd y tengo algo muy interesante que decirle, en nombre de mi señor Nyphod, rey-primero de los reyes de Omphylar.

—Tuk-Fyyd —repitió Caynd, asombrado—. Usted y yo...

—Exacto —corroboró el omphylariano—. Hemos tenido algunas fricciones, con no muy buenos resultados para mí, preciso es admitirlo, pero ahora puedo decir con orgullo, usando una frase terrestre, que le he puesto el pie encima. Bien, capitán, dentro de unos minutos, nuestras naves estarán a la distancia suficiente para tender un túnel de comunicación. Usted y todos sus amigos transbordarán a la nuestra, completamente desnudos, a fin de evitarnos jugarretas, y nosotros nos encargaremos de trasladarlos a Omphylar, donde Nyphod decidirá sobre su destino.

—Podemos negarnos —objetó Caynd.

—No se lo recomiendo. Entregarse les dará una posibilidad de continuar vivos. Si se niegan, nos separaremos un poco y dispararemos media docena de bombas fundentes, que convertirán a su nave en un lingote de metal en menos de cinco minutos.

—Olvida usted, Tuk, que dispongo de una coraza de energía...

El omphilariano se echó a reír.

—Ha consumido la mayor parte de la energía de a bordo tratando de escapar de la red espacial —dijo—. Dudo mucho, incluso, de que les quede suficiente para aterrizar de un modo normal, cuanto más para detener mis bombas fundentes. Tal vez destruirían la primera, pero ello agotaría definitivamente toda su energía y no les dejaría siquiera la suficiente para mantener encendida una modesta lámpara.

Caynd se volvió hacia el piloto. Baddington hizo un sombrío gesto de asentimiento.

—Ese pirata tiene razón —murmuró Baddington.

—De acuerdo, Tuk —dijo Caynd resignadamente—. Nos rendimos.

El gordo soltó una alegre carcajada.

—Alégrese, capitán; ha tomado una magnífica decisión —elogió—. Y ya verá cómo no tendrá que arrepentirse de la benignidad de nuestro Nyphod, rey-primero de los reyes de Omphylar.

CAPITULO VI

El encierro era espacioso, pero tenía muy pocas comodidades: unas simples colchonetas y un poco atractivo cuarto de baño. Carecía en absoluto de ventanas y estaba iluminado constantemente por varias lámparas que pendían del techo. Habían sido llevados allí tras su captura y, después de ser encerrados, no habían visto a ninguna otra persona.

Dos veces al día, se abría un hueco en uno de los muros y una cinta deslizante hacía penetrar quince platos con comida. Platos y cucharas eran de un material blando, con el que no se podía intentar siquiera rascar una de las piedras de los muros.

Lo único que no les faltaba era agua. Pero nadie les había dicho hasta el momento cuál era la suerte que les aguardaba.

Caynd se paseaba como un león enjaulado. Algunos le imitaban, otros permanecían sentados o tumbados en sus colchonetas. El tedio invadía sus ánimos, pero no era superior a la incertidumbre que les invadía.

—Espero que los omphylarianos no sean caníbales —dijo Losada de pronto—. No me gustaría acabar en el estómago de uno de esos tipos.

—Con la comida que te dan, no engordarás, precisamente —sonrió Morris—. Y cuando un caníbal quiere comer bien, engorda a su víctima.

—Quizá les gusta la carne magra, sin nada de grasa —añadió Hurton con tétrico acento.

De repente, se oyó una voz que salía a través de un altoparlante invisible:

—¡Atención, terrestres! Escuchen la decisión que, con respecto a ustedes, ha dictado nuestro rey. Nyphod, rey-primero de los reyes de Omphylar conocedor de las intenciones de los prisioneros que se

citarán a continuación y debidamente asesorado por sus consejeros legales, ha llegado a la conclusión de que todos ustedes son culpables del delito de conspiración, realizado con el objeto de atentar contra la vida de nuestro rey. Por tanto, y en uso de los derechos que le confiere la ley, les condena a muerte a todos cuantos se van a relacionar a continuación.

Un profundo silencio se hizo en el calabozo. Quince pares de ojos estaban fijos en el lugar de donde procedía la voz.

El invisible locutor leyó catorce nombres. El de Caynd no figuraba en aquella dramática lista.

—La sentencia se ejecutará inmediatamente, por fusilamiento.

Un atronador coro de protestas se oyó inmediatamente. Sonaban gritos, imprecaciones y juramentos. Caynd sudaba copiosamente.

Cuando el griterío se hubo acallado un tanto, el locutor dijo:

—En cuanto al capitán Caynd, como jefe de este grupo de traidores, el rey Nyphod decidirá en persona el género de muerte que ha de sufrir.

Caynd se estremeció. Nyphod pensaba torturarle.

De súbito, una finísima lluvia cayó del techo.

Era un líquido que olía de un modo dulzón. Caynd sintió vértigos primero y luego una extraña debilidad que, sin embargo, le permitió mantenerse en pie.

Pero también notó como si una fuerza extraña se apoderase de su mente. De pronto, el locutor volvió a hablar:

—¡Prisioneros, en columna de a dos! Capitán Caynd, sitúese en cola de la formación.

Todos los presentes obedecieron disciplinadamente. Las protestas se habían acallado y nadie alzaba la voz.

A Caynd le parecía hallarse preso de una extraña pesadilla. Conservaba toda su lucidez, pero los esfuerzos mentales que hacía no eran suficientes para librarse de aquellas extrañas cadenas que sujetaban su cerebro. Vagamente se dio cuenta de que, en el estado en que se hallaba, obedecería ciegamente cualquier orden que se le diese, por absurda que fuera.

Una sección del muro se abrió, dejando ver una escalera de brillantes peldaños.

—Prisioneros... De frente... ¡March...! —ordenó el invisible locutor.

La formación empezó a andar. Caynd marchaba a la cola, tal como le había sido ordenado.

Momentos después, llegaban a un espacioso rellano. El locutor emitió una nueva orden:

—Capitán, abra la puerta de su derecha, entre en esa habitación y acérquese a la ventana que verá enfrente. Allí quedará inmóvil hasta que se le mande otra cosa.

Caynd giró hacia su derecha. Los demás continuaron su camino hacia el lugar de la ejecución.

Los ojos de Caynd captaron la ventana. Se acercó a ella y divisó un patio en el que había catorce postes.

Delante de cada poste había un piquete de ejecución, compuesto por seis soldados, cada uno de los cuales estaba armado con un fusil de tipo muy anticuado.

Los reos aparecieron en el patio. Una voz les indicó los postes en que debían situarse cada uno. Dos soldados se ocuparon de sujetarlos por la cintura al poste, empleando para ello una ancha correa.

Se oyó una voz de mando. En cada piquete, tres de los soldados se arrodillaron, quedando por delante de los otros tres. Caynd hubiera

querido hacer algo, pero la droga infiltrada en su cerebro era demasiado potente para su voluntad.

La fatídica voz resonó de pronto:

—¡Fuego!

Ochenta y cuatro fusiles tronaron a un tiempo. Catorce cabezas se doblaron de golpe hacia adelante.

Alguien, que no se dejaba ver, dijo:

—Capitán Caynd, sus hombres han sido muy afortunados. Han muerto instantáneamente..., cosa que usted envidiará dentro de poco.

* * *

La habitación, en comparación con el calabozo, resultaba casi lujosa, pero tampoco tenía ventanas.

Había transcurrido ya casi una semana y Caynd tenía aún en la mente frescas las imágenes de la ejecución de sus compañeros. Los efectos de la droga se habían pasado a las pocas horas, cuando ya se hallaba en su nuevo encierro, y Caynd se prometía una y otra vez vengar a sus compañeros muertos.

Quizá Kitty le había engañado... o había sido tal vez el gordo Tuk-Fyyd el autor de la superchería. Incluso cabía que Rosa Uttoni estuviese complicada en el asunto. ¿Por qué había tenido que ceder su puesto a un robot?

¿Era verdad siquiera que había recibido doscientos cincuenta mil escudos por abandonar el empleo?

Caynd se torturaba mentalmente una y otra vez, sin encontrar una sola respuesta para las preguntas que se hacía sin interrupción. Lo peor de todo era la incertidumbre de la espera.

Y las dudas que tenía acerca del género de muerte que emplearía

Nyphod. ¿Qué clase de tortura le aplicaría?

Repentinamente, cuando menos lo esperaba, se abrió la puerta de su encierro. Tuk-Fyyd se hizo visible en persona por primera vez.

—Hola, capitán —sonrió.

Detrás de él había dos soldados, que le apuntaban con unos cortos fusiles de raro aspecto. El uniforme de los soldados era ridículamente anticuado, de corte presuntuoso en diseño y colorido, pero los fusiles parecían terriblemente efectivos.

Tuk-Fyyd iba ataviado con una larga túnica tornasolada, sujeta a su hombro izquierdo con un gran broche de pedrería. Había varios anillos en sus manos, una de las cuales sujetaba lo que parecía ser un pomito de perfume.

—Lamento su situación, como persona, claro —continuó el gordo—. Como omphylariano, en cambio, debo alegrarme de tenerle prisionero.

—Ahórrese los discursos, Tuk —cortó Caynd secamente—. ¿Qué diablos va a hacer conmigo ese pirata de Nyphod?

—Oh, oh, capitán, no sea irrespetuoso con nuestro rey, al cual va a tener ocasión de contemplar personalmente dentro de unos minutos...

—Ahora escucharé mi sentencia, ¿no es así?

Tuk se acercó a la nariz el pomo de perfume.

—Lamento tener que contestar afirmativamente, capitán —dijo.

Caynd apretó los puños.

—Me gustaría encontrarme a solas con Nyphod...

—No le concederá esa oportunidad, por supuesto. Ciertamente, capitán, es usted un hombre peligroso. No sabe cuánto celebramos haberle puesto la mano encima, a pesar de cuanto hice en la Tierra por

disuadirle de su empeño.

—Oiga, no irá a decirme que todo aquello no fueron sino simples advertencias —rezongó el joven.

—Así es, aunque usted no lo crea. Incluida la muerte del mensajero de la bella duquesa-reina. Traté de evitar que aceptara la misión, pero usted no hizo caso y... Bien, ahora está pagando las consecuencias.

—Caramba, la bomba que aquellos tipos querían poner en mi nave no era cosa de broma precisamente, Tuk.

—Tenían orden de colocarla para que explotase cuando no hubiera nadie a bordo. Pero eran unos analfabetos, en este sentido, claro, y así les lució el pelo.

—¿Sí? Oiga, ¿qué me dice de Huu-Dzo?

—Ahí, debo admitirlo, el fallo fue nuestro, mejor dicho, del hombre que se encargó de colocar en el videófono el cañoncito que disparó el proyectil desintegrante. Debía haber preparado el mecanismo para que disparase unos diez segundos después de iniciada la conexión, pero algo falló y usted pudo recoger íntegramente el mensaje.

—De todas formas, Huu-Dzo murió...

Tuk inclinó la cabeza.

—¡Pobre hombre! Podría decirse de él: «Murió heroicamente por su duquesa-reina», ¿no le parece?

—Lo que me parece es que usted es un cínico de marca —gruñó Caynd malhumoradamente. De pronto, recordó un detalle—. Tuk, antes dijo que Eugenia es muy bella...

El omphylariano pareció sorprenderse.

—Pero, ¿cómo? ¿No lo sabía usted? La duquesa-reina es guapísima, una auténtica beldad —exclamó—. ¿Es que no la vio en la pantalla

cuando le envió el mensaje?

—Tenía la cara tapada —contestó Caynd.

—Las mujeres —suspiró Tuk—. Son capaces de los actos más absurdos..., pero creo que hacemos esperar demasiado a Nyphod con esta insulsa charla. —De nuevo se llevó el pomo a la nariz—.'¿Quiere acompañarme, capitán? —invitó.

—No se puede decir que vaya con mucho gusto —rezongó el joven.

* * *

Los dos soldados se quedaron ante una puerta curiosamente trabajada. Tuk la abrió e hizo pasar al joven a una vasta estancia, lujosamente decorada, en la que había dos personas.

Una de ellas era Nyphod, un hombre de unos cuarenta años, alto, de pelo negro, con un gran pico sobre la frente, y nariz aguileña, vestido con sobriedad, al contrario de Tuk. Estaba sentado en un enorme diván, y junto a él se hallaba una hermosa mujer, de formas soberbias, cubiertas por unos velos casi completamente transparentes.

Caynd creyó quedarse sin aliento al reconocer a la mujer.

—Rosa —murmuró—. Rosa Uttoni.

Ella hizo un gracioso ademán con una mano enjoyada.

—Hola, capitán —saludó.

La actitud de Nyphod era mucho menos amable.

—Capitán Caynd, voy a hacerle una advertencia previa —dijo—. Lo hago así porque quiero que sepa a qué atenerse desde un principio. Media docena de fusiles neutrónicos le están apuntando continuamente, orientados por determinada cantidad de hilos metálicos que hay en sus ropajes. Mire mi maño derecha; si intenta cualquier gesto sospechoso, esos fusiles le harán pedazos.

—Me dan ganas de intentarlo —contestó el prisionero—. Eso me evitaría la tortura que usted piensa infligirme.

Nyphod sonrió.

—Usted es demasiado listo para suicidarse, capitán —dijo—. Es de los que piensan que, mientras hay vida, hay esperanza, y por eso permanecerá quieto durante nuestra conversación.

—Ah, pero, ¿tenemos algo de qué hablar, rey?

—Por supuesto. Tenemos que hablar de Eugenia y de sus planes para evitar la conquista de Sittanul por mis tropas —respondió el omphylariano.

CAPITULO VII

—Lamento tener que defraudarle, señor, pero Eugenia no me comunicó jamás los planes qué tenía. Sólo me explicó someramente la situación y me pidió ayuda. Eso es todo —fue la contestación del prisionero.

—No le creo, capitán —gruñó Nyphod—. Puedo sacarle la verdad...

—No insista, rey. Usted creerá que le desafío, pero no es así. Sencillamente, le he dado la única respuesta posible en mis circunstancias.

Nyphod pareció sentirse perplejo unos instantes. Volviéndose hacia la joven, consultó:

—¿Qué opinas, Rosa?

Ella hizo un gracioso mohín.

—Conozco bastante bien al capitán —dijo—. Es sincero.

Nyphod emitió un bufido.

—En tal caso, sólo hay una solución para él —manifestó. Luego, como si hablase entre dientes, rezongó—: Lo peor de todo es que no hemos podido encontrar todavía a Richard.

Caynd tenía el oído muy fino y no dejó de captar aquellas palabras. Entonces, se dijo, ¿Eugenia estaba engañada... o tal vez su hermano había conseguido escapar al secuestro?

Nyphod agitó una mano.

—Tuk, ya puedes llevarte al prisionero —ordenó—. Conoces mis instrucciones, creo.

El gordo se inclinó.

—Al dedillo, señor —contesté.

—Rosa y yo veremos la primera sesión —dijo Nyphod—. Resultará sumamente interesante^ ¿no te par» ce? —se dirigió a la joven.

Rosa sonreía también.

—Sí, muy interesante —convino—. Pero antes de que se lo lleven, deseo pedirte el favor de decirle adiós, Nyphod.

—No hay inconveniente —accedió el omphylariano.

Rosa se le acercó, ondulando insinuantemente y le echó los desnudos brazos al cuello.

—Hubo un tiempo en que me sentí enamorada de usted, capitán, pero no me hacía caso —dijo—. Siento mucho lo que le va a ocurrir y me gustaría hacer algo por evitarlo. Adiós, Laird.

Los ojos de Caynd chispearon de cólera. De pronto, escupió a la cara de la joven.

Rosa lanzó un grito de cólera y, tras separarse ligeramente de él, lo abofeteó con fuerza. Luego se volvió hacia Nyphod.

—Me gustaría ver a este miserable cuando se encuentre en el foso de las serpientes bicéfalas —dijo.

* * *

Las ropas que llevaba Caynd y que sustituían a las que llevaba en el momento de ser capturado, eran muy sencillas: blusa de manga corta y pantalones ajustados, con zapatos incorporados. Pero el tejido era muy fino y se podía traspasar fácilmente con un simple alfiler.

Caynd contemplaba ahora la gran jaula de barrotes de hierro que estaba al borde de una puerta que daba, aparentemente, al vacío. La vigilancia se había redoblado y ahora eran cuatro los soldados que le apuntaban con los fusiles neutrónicos.

Tuk hizo un fingido gesto de pesar.

—La verdad, capitán, no me gustaría estar en su pellejo por nada del mundo —manifestó—. Aunque salga con bien del foso de las serpientes bicéfalas, cosa que dudo mucho, le esperan otras pruebas todavía más difíciles.

—¿Por ejemplo? —preguntó Caynd, impasible.

—Oh, la travesía del Barranco Ardiente..., las arenas corrosivas... A Nyphod le gusta mucho divertirse con los prisioneros distinguidos.

—Ya —dijo Caynd sarcásticamente—. Por lo visto, a los prisioneros de clase inferior, los fusila simplemente.

—Así es, y usted debería sentirse halagado, capitán. Quizá le sirva de consuelo, pero son media docena de pruebas las que tiene que pasar, incluidas las serpientes bicéfalas. Hace veintitantos años, hubo un esforzado que las superó todas. Nyphod, dando pruebas de su inagotable magnanimidad, lo indultó.

—¡Qué bueno es el rey! Casi me dan ganas de llorar..., pensando en que no puedo romperle el cuello con mis manos, para vengar así a mis catorce compañeros fusilados.

—Ya le dije que ellos habían sido más afortunados —contestó Tuk, a la vez que extendía una mano—. Por favor, capitán, tenga la bondad de entrar en la jaula.

Caynd dio dos pasos y se encontró en el interior de la jaula, que tenía forma cúbica y medía unos dos metros y medio de lado. El suelo era enrejado, aunque la separación entre los barrotes era de unos veinte centímetros.

En el resto de los barrotes no había sino otro transversal por cada lado, a fin de asegurar la solidez del conjunto. Un soldado avanzó y entregó al terrestre una sólida espada de doble filo.

—Debe de haber unas cuarenta o cincuenta serpientes bicéfalas —dijo Tuk—. Han estado un par de días sin comer, así que imagínese qué sentirán al verle a usted.

—Sí, debo de estar muy apetitoso —convino el prisionero con cáustico humor.

—La picadura de las serpientes no es mortal, aunque sí produce mucho dolor. No obstante, al cabo de varias mordeduras, su veneno ejercerá efectos anestésicos en usted, parciales, por supuesto. Quedará inmóvil, aunque consciente.

—Es decir, se me comerán vivo.

Tuk hizo un gesto que quería significar afirmación. Luego movió una mano.

—Adelante, muchachos —ordenó.

Uno de los soldados manejó el motor que hacía funcionar el cable del que la jaula pendió a los pocos instantes. Luego, por medio de un puente de grúa móvil, la jaula pasó a través de la abertura y quedó suspendida sobre el foso de las serpientes bicéfalas.

* * *

Caynd miró hacia abajo y sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo de pies a cabeza.

La jaula descendió lentamente. El suelo del foso, cubierto de unos gruesos cordones que se movían perezosamente, estaba a siete u ocho metros de distancia.

Una voz fresca y juvenil pronunció dos palabras:

—¡Suerte, capitán!

Caynd volvió la vista. Más abajo del lugar donde había sido introducido en la jaula, había un balcón, en el que Rosa Uttoni estaba

acodada, junto a Nyphod.

Caynd contestó con una palabra claramente ofensiva. Rosa se irguió.

—Nyphod, dame una pistola —pidió.

—Nena, si accedo a lo que me pides, se nos acabará la diversión en un instante —contestó el omphylariano.

La jaula continuó su descenso. Caynd oprimió con fuerza el puño de la espada.

Las serpientes medían alrededor de metro y medio hasta el punto donde sus cuerpos cilíndricos se bifurcaban, originando así dos cuellos, rematados en sendas cabezas con agudísimos dientes, menudos, pero numerosos y muy afilados a primera vista. En total, la longitud venía a ser de unos dos metros y el grosor de aquellos repulsivos reptiles era de unos quince o veinte centímetros.

De repente, Caynd creyó haber dado con una solución, al menos, para aguantar el mayor tiempo posible. Sujetó la espada con los dientes y, cuando la jaula se hallaba a un metro del suelo, se suspendió de los barrotes del techo con manos y pies.

—Ese truco lo hicieron muchos antes que usted, capitán, pero acabaron por cansarse —gritó Nyphod.

Caynd no hizo caso de aquellas palabras. El cable se detuvo de repente y la jaula quedó a un palmo del suelo.

Los tobillos del joven se enlazaron a uno de los barrotes. Agarrándose a otro con la mano izquierda, hizo una torsión de cintura y esperó el ataque de los temibles reptiles.

• * *

Una de las serpientes penetró en la jaula y buscó el camino mejor para llegar hasta su víctima. De pronto, Caynd soltó la mano izquierda y,

suspendido solamente por los pies, se balanceó a la manera de un péndulo.

Antes de terminar la oscilación, el cuerpo del reptil había quedado limpiamente partido en dos. Se oyeron unos agudos silbidos, como si las demás serpientes se enfurecieran por la muerte de su congénere.

Caynd decapitó a dos serpientes más. De pronto, se dio cuenta de que otra subía por detrás de él.

Rápidamente, se colgó con la mano izquierda y manejó la espada. Una de las cabezas del reptil voló por los aires. La otra se agitó furiosamente, pero Caynd la dividió en dos con un nuevo tajo y el animal cayó fuera de la jaula.

—Un tipo duro —comentó Nyphod.

—Puede que tengamos que verle atravesar el Barranco Ardiente —dijo Rosa—. No he estado nunca allí. ¿Es tan terrible como dicen?

—Trescientos metros de anchura y ciento cincuenta de profundidad. La lava ardiente corre en toda su extensión...

Caynd no oyó el resto de las palabras de aquel individuo, a quien consideraba como una especie de archicriminal. Su ocupación principal consistía en dar tajos y mandobles, cortando sin cesar cuerpos y cabezas de reptiles hambrientos.

Nyphod bostezó de pronto.

—Esto se pone muy aburrido —dijo—. Vámonos a tomar una copa, preciosa.

—Pero si muere, no lo veremos...

—Lo oiremos chillar. Todos chillan cuando les muerde alguna serpiente —contestó Nyphod fríamente.

Los reptiles parecieron tomarse un momento de reposo. Quizá su

instinto les decía que la presa encerrada en la jaula era un animal demasiado peligroso para ellos. Caynd respiró también. Todo su cuerpo estaba cubierto de sudor y el brazo con que manejaba la espada empezaba ya a resentirse.

Contorsionándose un poco, miró hacia arriba. Nyphod y Rosa Uttoni habían desaparecido. En cuanto a Tuk y sus esbirros no se veían en la abertura superior.

Dejó la espada sobre los barrotes del techo y se llevó la mano a la espalda. Allí, sujeto por un adhesivo líquido, que ya se había solidificado, tenía un tubito del tamaño de un lápiz.

Una serpiente intentó entrar en la jaula. Caynd tocó

el barrote más cercano con el tubito y el animal pegó un salto que lo disparó a dos metros de distancia.

El terrestre sonrió. Aunque él también había sentido la descarga eléctrica, los efectos habían sido mucho menores dado que, a fin de cuentas, no estaba en contacto directo con el suelo, como el reptil, a través de cuyo cuerpo había ido la corriente a tierra. Una segunda serpiente que quiso también atacar a continuación sufrió la misma suerte.

CAPITULO VIII

La noche caía lentamente. Caynd continuaba en la misma postura.

Nyphod se asomó una o dos veces y lo vio colgado del techo de la jaula.

—Eres uno de los que más han resistido hasta ahora —gritó.

—Resistiré lo suficiente para cortarte el pescuezo —contestó el joven.

Nyphod se echó a reír.

—Esto es lo más divertido de todo: los insultos de mis prisioneros —contestó cínicamente—. Nunca oigo uno igual.

Y sin dejar de reír, se retiró al interior, donde Rosa parecía sentirse un poco indispuesta.

—Tomaremos una copa...

Ella hizo un gesto con la mano.

—Si no te importa, me acostaré un rato. Tengo una jaqueca horrible —se disculpó.

—Como quieras. —Y, al quedarse solo, Nyphod hizo una mueca—. Bah, mujeres... Terrestres u omphylarianas, todas iguales.

Y despachó de un trago la copa que acababa de llenar. Luego miró hacia la balconada y vio que ya era de noche.

—Iré a cenar —murmuró.

La oscuridad había caído ya sobre el patio. Caynd decidió no aguardar más.

El tubito, además de emitir descargas eléctricas, de pequeño voltaje,

inofensivas para el ser humano, pero muy desagradables para ciertos animales, tenía otras aplicaciones.

Caynd presionó uno de sus extremos y aplicó el otro a uno de los barrotes. Una vivísima llama blanca brotó en el acto del otro extremo.

Bastaron diez segundos para cortar el barrote en aquel punto. Caynd eligió otro punto, situado a cincuenta centímetros de distancia y una sección del barrote se desprendió y cayó al fondo de la jaula.

Alguien oyó el ruido y se asomó a la abertura superior.

—¡Eh, tul ¿Qué pasa?

—Se me ha caído la espada —mintió Caynd.

El soldado lanzó una carcajada.

—Pues como no la recobres pronto...

Alguien le llamó desde el interior.

—Vamos, tú, que se enfría la cena. Deja a ese tipo que se las apañe como pueda. ¿No has visto ya demasiados para querer ver uno más?

—Tienes razón, Chardry. Lo primero es lo primero, quiero decir, la cena.

Caynd cortó otro barrote, a fin de tener hueco suficiente para escapar, pero en esta ocasión, procuró que no cayera al suelo el trozo seccionado. La carga del diminuto soplete se le agotó cuando ya estaba a punto de acabar y tuvo que arrancar el trozo de barrote con un par de tirones, con lo que el paso quedó libre.

Inmediatamente, se puso en pie sobre el techo de la jaula. Recobró la espada y limpió la hoja en sus ropas. Luego, con ella en los dientes, trepó por el cable hacia el puente por donde corría la grúa móvil de la que estaba suspendida la jaula.

La distancia era demasiado grande para saltar a la balconada que permitía el acceso a la habitación de Nyphod, por lo que tuvo que continuar ascendiendo hasta la viga que sostenía la grúa. A caballo sobre la misma, vio a dos soldados cenando tranquilamente.

Caynd gateó en silencio hasta alcanzar la abertura. De repente, se descolgó y entró huracanadamente en la habitación.

Los soldados se pusieron en pie al verle aparecer. Uno de ellos trató de sacar su pistola, pero Caynd se tiró a fondo y lo atravesó con la espada de parte a parte.

El otro levantó las manos instantáneamente.

—No me mates —suplicó.

Caynd observó que era muy joven.

—Tienes demasiados pocos años para haberte convertido en el esbirro de un asesino —comentó.

El omphylariano se encogió de hombros.

—Qué quieres —contestó resignadamente—. La vida... Pero si me matas, no podré transmitirte el mensaje que me encomendaron darte.

—¿Cómo? ¿Tienes que darme un mensaje? —se asombró Caynd.

—Séptima planta, penúltima puerta del fondo. Alguien te espera allí —indicó el soldado.

—¿Quién? Dime su nombre, pronto.

—Es la misma persona que te proporcionó los medios para salir de la jaula.

Hubo un momento de silencio. Caynd miraba al soldado y le pareció encontrar en su rostro unos rasgos conocidos, aunque no consiguió localizar en su mente la memoria de dónde podía haberlo visto antes

de ahora.

—Está bien —dijo al cabo—. Si me engañas, tu juventud no será obstáculo para que te haga saltar la cabeza de un tajo.

—Soy sincero, te lo aseguro —manifestó el omphylariano.

—Por tu bien, así lo deseo. ¿Cómo te llamas? Me gustaría recordar tu nombre, tanto si he de vengarme de ti como si un día puedo recompensarte.

—Me llamo Chardry.

—Tendré presente tu acción, Chardry. Y ahora, para no comprometerte...

El puño de Caynd se disparó súbitamente y Chardry cayó fulminado. Acto seguido, Caynd se inclinó sobre él y le quitó la pistola neutrónica.

Sintió deseos de llevarse también la otra, pero estaba en la mano del muerto y le pareció que sería más conveniente dejársela, a fin de que quedase tras él la adecuada escenografía. Tomada la decisión, corrió hacia la puerta, dispuesto a buscar la habitación indicada.

* * *

La puerta se abrió y una cabeza de rubios cabellos se asomó un instante.

—Pase, capitán —susurró la joven.

Caynd se coló de un salto en la estancia. Rosa cerró y se volvió hacia él con la sonrisa en los labios.

—Ha conseguido escapar —dijo.

—Gracias a usted, es cierto, aunque nunca me figuré que la amante de ese asesino llegara a salvarme la vida —contestó Caynd.

Una extraña sonrisa lució de pronto en los labios de Rosa.

—Me parece que le conviene un buen trago... para pasar los malos tragos de la jaula, ¿no es cierto? —sugirió.

—Me vendrá bien, en efecto —convino el joven—. Rosa, ¿cómo diablos ha aparecido usted en Omphylar?

—El dinero que me pagó Kitty me inspiró deseos de hacer turismo. Vine aquí y parece que alguien le habló de mí al rey. Recibí una llamada, acudí... y estoy en palacio.

—A costa de la propia dignidad —dijo Caynd duramente, mientras tomaba la copa que ella le tendía.

Rosa se encogió de hombros.

—Conviene adquirir experiencia..., toda clase de experiencia —respondió indiferentemente—. Pero usted no se puede quejar de mí; le he salvado la vida.

—No, no me quejo, sino que se lo agradezco profundamente. Por lo visto, sabía ya que yo iría a parar al foso de las serpientes bicéfalas.

—Sí, en cierto modo. Nyphod es un bocazas y lo dijo con la suficiente anticipación para que yo pudiera conseguir ese soplete y colocárselo a la espalda, mientras fingía despedirme de usted.

—El soplete no hubiera servido de nada, si me hubiese mordido alguna serpiente.

—Pero no le mordió, ¿verdad? Capitán, es usted muy duro y sé que ha corrido riesgos mucho peores. Estaba segura de que lograría salir de la jaula —dijo ella.

—Lo conseguí, en efecto..., pero hay algo que no acabo de entender, Rosa.

—Dígame, capitán.

—Usted asegura que Kitty le pagó doscientos cincuenta mil escudos por ocupar el puesto de secretaria. Me resulta difícil de creer, Rosa.

—¿Por qué? Le aseguro que le digo la verdad.

—Kitty era un robot —dijo Caynd muy serio.

Rosa le miró un instante. Luego, de súbito, se echó a reír.

—¡Un robot! —exclamó—. Capitán, tiene usted más sentido del humor del que yo creía...

—Le aseguro que es cierto, Rosa —insistió él.

—Capitán, yo vi a Kitty en su habitación del hotel, cuando fui a recoger el cheque por valor de doscientos cincuenta mil escudos y, créame, lo que vi allí no era nada robótico. Hablé con ella mientras se duchaba, la vi salir de la ducha, secarse, acicalarse, incluso fumar... Hasta tomamos juntas el té con pastas... Hay cosas, capitán, que un robot no hace, por muy perfeccionado que esté y aunque su semejanza con una persona sea absoluta.

Caynd se quedó desconcertado un momento.

—Y sin embargo, yo tiré de su brazo y se lo arranqué con bastante facilidad... Lo que cayó al suelo, en mi casa de campo, era un robot, Rosa —murmuró.

—Quizá la sustituyeron, previo estudio de su físico y costumbres —sugirió la rubia.

—Pudiera ser —suspiró él—. Era una muchacha magnífica. Si ha muerto, lo siento infinito.

—También yo lo siento, capitán, pero creo que no

debemos seguir hablando de esa pobre chica. ¿Cuáles son sus intenciones ahora?

¿Por dónde se llega al dormitorio de ese forajido llamado Nyphod?

Rosa hizo un signo negativo.

—Olvídelo, capitán —aconsejó—. Nyphod se cierra por medio de una puerta blindada, cuya cerradura abre él solamente desde el interior al levantarse. Los cristales de las ventanas son blindados e irrompibles, a menos que emplee usted un cañón, arma de la que no dispone ahora, me parece.

—Sin embargo, habrá un sistema de aireación, supongo. Una habitación herméticamente cerrada necesita renovación de la atmósfera...

—Los conductos son demasiado estrechos para que pueda pasar. Olvídelo, insisto.

—Bien, en tal caso, creo que no me queda más que largarme de aquí, pero, ¿cómo, Rosa?

Una lejana campana empezó a tañer rápidamente. Rosa frunció el ceño.

—Diría que han descubierto su fuga, capitán —apuntó.

—Tengo una pistola y una espada...

—Y Nyphod dispone de cientos de soldados, dispuestos a todo. —Ella suspiró profundamente—. Con todos mis defectos, no puedo olvidar mi origen. Y usted, a fin de cuentas, es terrestre, como yo. Venga, le ayudaré a escapar.

—Rosa, usted puede comprometerse gravemente por mí —objetó Caynd.

Ella sonrió de un modo delicioso.

—Será divertido burlar a ese bárbaro —contestó.

Corrió hacia la puerta y la entreabrió para mirar hacia el pasillo. Caynd se dio cuenta entonces de que Rosa vestía una especie de traje de una sola pieza, cerrado de cuello y casi sin mangas, de color azul muy oscuro.

«Caramba, y hasta ahora no me había fijado casi en que tiene un tipo estupendo», pensó.

De pronto, Rosa agitó una mano:

—El camino está despejado. Venga, capitán —llamó.

* * *

Salieron de la habitación, pero, en lugar de dirigirse hacia el ascensor o a la escalera, Rosa corrió hacia otra escalera que se perdía en los pisos superiores.

—Hay aeromóviles en la terraza —dijo.

A fin de evitar sorpresas, decidieron no usar los ascensores. Momentos después, llegaban a una gran terraza, en la que se divisaban numerosos aeromóviles.

—-¿Cuál es el nuestro? —preguntó Caynd.

—El más próximo —rió ella.

Caynd se acercó al aparato y abrió la portezuela.

—Resulta difícil saber adónde voy a ir ahora... —murmuró, irresoluto.

—Su astronave está en el puerto espacial —dijo Rosa—. ¿No se siente capaz de intentar un golpe de mano para recuperarla y viajar hasta Sittanul?

—Tal vez sí, quizá sea lo más conveniente —concordó él, pensativamente.

Rosa se le acercó.

—Deme un beso de despedida —pidió—. Yo me quedo, capitán.

Caynd se acercó a ella, muy conmovido.

—Rosa, le aseguro que jamás olvidaré...

De pronto, se interrumpió, a la vez que la apartaba con violencia a un lado. Apenas si tuvo tiempo de empuñar la pistola neutrónica y disparar contra el soldado que acababa de aparecer en la puerta de acceso a la terraza,

—¡Rosa, ya no se puede quedar aquí! —gritó—. ¡Tiene que escapar conmigo!

La joven no se hizo repetir la indicación y entró precipitadamente en el vehículo aéreo. Caynd retrocedió, sin dejar de lanzar rápidas descargas que destrozaban el sistema nervioso del que las recibía.

—¡Vamos, capitán! —gritó Rosa de pronto.

Caynd hizo el último disparo. Luego se tiró de cabeza al aeromóvil, apenas una fracción de segundo antes de que el aparato levantase el vuelo a toda velocidad.

Rosa pilotaba el aparato con seguridad y maestría. Caynd consiguió incorporarse y luego se sentó junto a ella.

—Lamento haberla metido en este lío —se disculpó.

Ella se echó a reír.

—Capitán, durante mucho tiempo suspiré por acompañarle en alguna de sus arriesgadas aventuras —contesto—. ¿Va a pedirme perdón por haber hecho que mis deseos se vuelvan realidad?

Caynd se volvió para mirarla.

—Rosa, la tuve a mi lado durante años, pero debo confesar que no llegué a conocerla a fondo —dijo—. No sé qué hacer para conseguir que usted olvide esta actitud.

—¡Bah, olvídelo! —exclamó—. Estamos metidos de lleno en la aventura y eso es lo que importa, creo yo.

CAPITULO IX

—De modo que Nyphod planea la conquista de Sittanul —dijo Rosa después de que Caynd le hubo explicado los motivos de su estancia en el planeta.

—Según el mensaje de la duquesa-reina, así es. Pero no tengo la menor idea de dónde podemos encontrar a su hermano.

—Dice que lo secuestraron hace cuatro, cinco o seis años.

—Ella lo dio a entender, más bien. En realidad, Richard desapareció, eso es todo cuanto se sabe.

—Quizá esté en poder de Nyphod.

Caynd hizo un gesto ambiguo.

—Si fuese así, trataría de colocarlo en su puesto, sustituyendo a Eugenia, con lo que se ganaría la benevolencia de muchos sittanulitas y, de este modo, gobernaría en la sombra, sin necesidad de emprender una costosa expedición bélica.

—Comprendo —murmuró Rosa—. Yo también he oído hablar algo de ese asunto, y aunque estrictamente no me interesaba, creo tener una pista...

De pronto, Caynd lanzó una exclamación:

—Rosa, por lo que estoy viendo, no lleva usted el rumbo correcto para alcanzar el astropuerto —observó.

La joven manipuló en los controles del aparato. El aeromóvil siguió su rumbo, rectamente, sin modificarlo en absoluto.

—Capitán —dijo ella, consternada—, sospecho que estamos volando bajo control remoto. Los mandos no obedecen en absoluto.

—Déjeme a mí —pidió Caynd.

Los esfuerzos del joven resultaron inútiles. La trayectoria del avión aparato no se desvió un solo centímetro.

Caynd se dejó caer en su asiento, desmoralizado.

—Rosa, temo que Nyphod ha resultado ser más listo que nosotros —dijo.

—¿Por qué, capitán?

—Simplemente, nos dejó escapar y apoderarnos de un aeromóvil ya preparado de antemano.

—Pero... ¡había lo menos veinte en la terraza! —alegó Rosa.

—Es muy probable que los veinte estuviesen preparados, a fin de evitar fallos —contestó Caynd.

—Astuto, infernalmente astuto —comentó la joven. . —¿Pensaba que había en él algún sentimiento benigno?

—Nadie es absolutamente malo, como tampoco lo es bueno. Pero Nyphod es el alcaloide de la maldad. ¡Pobres sittanulitas si llega a conquistar Su planeta!

—Rosa, no compadezcamos a alguien que no ha empezado a padecer todavía. Pensemos, por el momento, en nosotros mismos.

—Sí, pero, ¿qué podemos hacer? Volamos a casi quinientos kilómetros por hora y a tres mil metros del suelo...

—Debe de haber paracaídas o propulsores individuales en alguna parte —dijo Caynd—. Voy a buscar dos y así podremos saltar del aeromóvil antes de que sea demasiado tarde.

Había un pequeño compartimiento en la cola del aparato, destinado a los equipajes. Instantes más tarde, Caynd regresaba junto a Rosa, con

la cara llena de sombras.

—Nyphod es un tipo de los que no olvidan detalle —dijo significativamente.

Rosa comprendió en el acto. Sin paracaídas o propulsores individuales, no podían soñar siquiera en abandonar el aparato. Para su desgracia, estaban en manos de aquel sádico.

De pronto, divisaron un lejano resplandor rojizo en el horizonte.

Rosa exclamó:

—Capitán, creo que ahora ya sé adónde se dirige el aeromóvil. Estoy segura de que vamos en línea recta al Barranco Ardiente.

* * *

A la izquierda se veía una altísima montaña, coronada por un espeso penacho de humo. Era un colosal volcán, de cuyo cráter brotaban continuas llamaradas. Un río de fuego descendía por una de sus laderas y se sumergía en un ancho desfiladero de varios kilómetros de longitud.

La lava era notablemente fluida y tardaba mucho en solidificarse. Ello fue apreciado por Caynd con mayor claridad, aun a pesar de que todavía era de noche, a medida que el aparato perdía altura.

Momentos más tarde, el aeromóvil se posaba en el suelo. Un altavoz tronó:

—¡Salgan con las manos en alto! No intenten resistirse o morirán instantáneamente.

—¿Y no sería mejor morir en un instante que padecer una larga agonía? —dijo Caynd amargamente.

La mano de Rosa se apoyó en uno de sus brazos. , —Aún tenemos alguna posibilidad —murmuró animosamente.

Caynd asintió y se levantó. Momentos después, se hallaban en el suelo.

El río de lava, pese a que corría a ciento cincuenta metros de profundidad, despedía el suficiente resplandor para ver los detalles sin demasiada dificultad. Rodeando al aparato había una cincuentena de soldados, con los rifles preparados.

En cambio, Nyphod se mantenía en la sombra.

—Todavía tiene una ocasión de salir adelante, terrestre —dijo—. A treinta pasos de distancia, hay una maroma que cruza el barranco. Me gustará ver si consigue pasar al otro lado..., aunque más me agradaría verle arder en la lava.

—Hay cosas que no comprendo —manifestó Caynd—. ¿Por qué no ha acabado conmigo de golpe, como hizo con mis compañeros?

Sonó una burlona carcajada.

—En Omphylar no hay demasiadas diversiones —respondió Nyphod —. Si le hubiese fusilado, ¿cómo me divertiría yo ahora?

—Quizá algún día logre yo divertirme retorciéndole el pescuezo, Nyphod. Me reiré mucho, créame.

—Lo dudo, capitán. Pero basta ya de palabrería. El barranco le espera. Crúcelo inmediatamente. Y tú también, Rosa; así aprenderás a no ser traidora.

La joven se estremeció. Caynd tomó su mano y la apretó con fuerza.

—No temas —musitó. Pero en su interior, estaba convencido de que no saldrían vivos de la aventura.

Un soldado se les acercó y empujó a Caynd con su fusil neutrónico.

—Vamos, caminen —ordenó.

Caynd contuvo un gesto de sorpresa. Aquel soldado...

—Hay una pértiga. Eso le ayudará a mantener el equilibrio a uno de los dos sobre la maroma —dijo Nyphod—. Es de suponer que el galante caballero terrestre cederá la pértiga a su dama.

Chardry propinó al joven un nuevo empujón.

—Caminen —insistió.

Caynd giró sobre sus talones. Chardry continuaba empujándole casi con violencia.

—Al otro lado —bisbiseó el soldado—, en una depresión, a ciento cincuenta pasos, hay dos caballos mecánicos. Vayan hacia el Sur; así evitarán las arenas corrosivas. Cuando puedan, regresen a la capital y busquen a Hratton.

Caynd no dijo nada. Solamente se preguntaba qué motivos tenía Chardry para ayudarles.

La pértiga estaba casi al borde del barranco y era muy larga, casi diez metros, con unos pesos en los extremos, lo cual ayudaba a mantener el equilibrio.

—Pasar la maroma sería fácil —dijo Nyphod a través de su megáfono —. Lo que sucede es que el barranco es demasiado ancho y el calor acaba venciendo al que tiene que atravesarlo.

—Capitán, la pértiga para usted —murmuró Rosa.

Caynd sonrió.

—Sí, será para mí..., pero usted cabalgará sobre mis hombros —contestó—. Salte encima de mí, apenas se lo indique.

Ella le dirigió una mirada de sorpresa. Pero el joven ya se inclinaba para recoger la pértiga.

—¡Ahora, Rosa! —exclamó.

* * *

El calor que subía del fondo del barranco era insoportable.

La maroma estaba muy bien tensada, aunque, en el centro, descendía en comba casi diez metros sobre el nivel de los extremos. Medía más de diez centímetros de grosor y su superficie poseía cierta rugosidad que permitía una fácil adherencia a los pies.

Nyphod no pudo contener una exclamación admirativa al ver a Rosa a horcajadas sobre los hombros del terrestre.

—¡Bravo, magnífica idea! —aplaudió—. Pero, ¿conseguirán resistir?

Abajo, a ciento cincuenta metros, llameaba el mar de lava. La temperatura era sofocante.

Caynd dio una veintena de pasos, antes de sentir cierta seguridad en sí mismo. Pero la situación, se dijo, era crítica.

Nyphod tenía razón; el calor les vencería.

—No hay más que una solución, Rosa —dijo—. Agárrate bien.

—Sí, Laird —contestó ella, tuteándose ambos por primera vez.

Caynd apretó el paso. No era una carrera a toda velocidad, sino un paso gimnástico acelerado. Pero ello le permitía ganar terreno con mayor rapidez.

Avanzaron cien metros. Luego, ciento cincuenta.

Nyphod lanzó un aullido de cólera. La treta del joven le permitió adivinar que los condenados llegarían a salvarse.

—¡Cortad la maroma! —aulló.

Rosa volvió la cabeza.

—Laird, date prisa —gimió.

Un grupo de soldados se había precipitado sobre el punto de amarre y golpeaba la maroma con sus espadas. Caynd ganó otros cien metros.

La distancia a la otra orilla era ya de cincuenta metros. Rosa vigilaba continuamente las acciones de los esbirros de Nyphod.

—Rosa, bájate de mis hombros y agárrate a mi cuello con los brazos —ordenó Caynd.

Para facilitar la maniobra, se detuvo un instante. Ella obedeció sin dilación, cuando ya sólo les faltaban veinticinco metros para alcanzar la otra orilla.

Casi en el mismo instante, el último tajo cortaba la maroma.

Caynd soltó la pértiga y estiró los brazos, agarrándose con ambas manos a la gruesa soga, cuyo otro extremo coleó en el aire antes de sumergirse en la lava ardiente. La pareja osciló como un péndulo, acercándose vertiginosamente al muro vertical de roca.

Nyphod vomitaba juramentos e imprecaciones sin cesar.

—Los fusiles, los fusiles... —chillaba, ciego de ira.

Pero eran armas cuyas descargas alcanzaban muy poco, pese a su mortífero poder. Los soldados, conscientes de ello, ni siquiera intentaron disparar una vez.

Los pies de Caynd había amortiguado el choque contra la pared opuesta del barranco. Acto seguido, el joven, con Rosa colgada de su cuello, empezó a trepar por la maroma.

La gruesa soga ardía por su parte inferior. Nyphod dio una orden.

—¡A los aeromóviles! —gritó.

Todos los soldados se precipitaron hacia los aparatos. Nyphod ocupó el suyo, pero, con gran asombro, vio que el aeromóvil no levantaba el vuelo.

—Pero, ¿qué sucede aquí? ¿Por qué no despega este maldito trasto? —vociferó, congestionado de ira.

La puerta del aparato se abrió. Un oficial asomó la cabeza por el hueco:

—Señor, ninguno de los aeromóviles consigue despegar —informó.

—¡Esto es un sabotaje! —exclamó Nyphod, ciego de cólera—. Revisen los mecanismos, rápido.

—Sí, señor.

Mientras, Caynd y la muchacha conseguían poner pie en la orilla opuesta. Ambos chorreaban sudor.

—Vamos —dijo él, tirando de la mano de Rosa.

Echaron a correr. Momentos más tarde, alcanzaban la depresión en que se hallaban los caballos mecánicos.

—No sé quién es ese Chardry —dijo Caynd, mientras saltaba sobre los lomos de la máquina—, pero creo que le estaré agradecido mientras viva.

—Tengo entendido que existe cierta oposición a la continuación de Nyphod como rey-primero de Omphylar —dijo Rosa—. Puede que Chardry sea uno de esos conspiradores.

—Sea quien sea, créeme, bendeciré su memoria mientras viva —aseguró Caynd.

Los caballos mecánicos eran, en realidad, una especie de cilindros, con un asiento anatómico adecuado. Una palanca, situada en la parte anterior, servía para gobernar el aparato en todos los sentidos.

Caynd conocía aquellos aparatos. No se fabricaban en Omphylar, ciertamente, sino que debían ser importados y, en más de una ocasión, los había utilizado. Se trataba de un medio de transporte tal vez anticuado, aunque no por ello, y sobre todo en su situación, menos eficaz.

Con el pulgar, dio el contacto y elevó la palanca un poco. El aparato se levantó del suelo unos centímetros.

Luego empujó la palanca a fondo. Rosa le imitó puntualmente.

—¡A toda velocidad! —exclamó él.

—Pero, podemos estrellarnos...

—Los caballos mecánicos están provistos de radar, que evita las colisiones automáticamente —contestó él—. Avanza a fondo y no te preocupes de nada más, hermosa.

Ella rió jubilosamente.

—¡Por fin te fijas en mí, Laird! —exclamó.

CAPITULO X

El hombre era alto y bien proporcionado, y caminaba descuidadamente cuando, de repente, una mano salió de un callejón oscuro y tiró de él, antes de que pudiera aprestarse a la defensa.

Un puño golpeó demoledoramente su cráneo y perdió el sentido. Caynd se inclinó sobre el caído y empezó a despojarle de sus ropas.

—¿Sabes si hay ladrones en Omphylar? —preguntó.

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber ella.

—Mujer, si no hay ladrones, cuando lo encuentren desnudo y desvalijado, se extrañarán del suceso...

Rosa se encogió de hombros.

—Para entonces, ya estaremos muy lejos de aquí —respondió.

El omphylariano no llevaba mucho dinero encima, pero Caynd se lo apropió sin el menor escrúpulo. Minutos más tarde, dejaba en el suelo las ropas que le habían dado al ser capturado.

—Sigamos —dijo al terminar.

—El único inconveniente estriba en que no conocemos más que el nombre, pero no la dirección —expresó Rosa minutos más tarde.

Ya empezaba a amanecer. Caynd se sentía muy fatigado después de una noche de continua agitación, aunque no quería descansar hasta haber encontrado a Hratton.

Algunas puertas empezaban a abrirse. Caynd y Rosa vagaban poco menos que al azar, sin saber a quién dirigirse para encontrar al hombre indicado por Chardry.

La ciudad era de aspecto más bien anticuado e incluso tétrico. Las

casas carecían de elegancia y la atmósfera era densa y pesada.

—Viendo esto, no me cabe la menor duda de que a Nyphod le guste tanto Sittanul. Por malo que sea ese planeta, siempre resultará un paraíso en comparación con Omphylar.

Rosa asintió. El comentario de Caynd resultaba exactamente ajustado a lo que estaban viendo.

La gente no parecía demasiado satisfecha. Caynd observó en los rostros cierta tristeza que estimó no debía ser producida solamente por el ambiente.

De pronto, vieron a una pareja de soldados que detenían a los transeúntes. A Caynd le dio la impresión de que trataban de identificar a la gente.

—Larguémonos, Rosa —dijo, a la vez que tiraba de la muchacha para meterse por una calle lateral.

Pero apenas habían dado cuatro pasos, una pareja de soldados les salió al encuentro.

—Documentación —exigió uno de ellos amenazadoramente.

* * *

Caynd vaciló un instante. Antes de que pudiera hacer nada, el soldado agregó:

—Alarguen la mano derecha, los dos. ¡Rápido!

Caynd y Rosa obedecieron casi instintivamente. El soldado estampó en el dorso de ambas manos una especie de sello circular, con tinta azulada.

—Esto les servirá por si los detiene otra patrulla para identificarlos —

dijo el hombre, mientras su compañero mantenía una actitud estólida —. Sexta calle a la derecha, cuarta puerta. Somos amigos de Chardry —añadió en voz baja.

Y luego, con voz tonante, les despidió:

—¡Continúen!

Caynd y Rosa continuaron su camino, sin creer en su buena suerte. A los pocos pasos, él dijo:

—Me parece que Nyphod no tiene tanto amigos como sería de esperar.

Ella no contestó. Doscientos metros más adelante, fueron detenidos por otra patrulla, pero los sellos les sirvieron para seguir su camino sin inconveniente,

Minutos después, llamaban a la puerta señalada. Un hombre abrió y les miró recelosamente.

—¿Hratton? —preguntó el terrestre.

—Sí —contestó el nativo.

—Soy Caynd. Ella es Rosa Uttoni.

Hratton se echó a un lado.

—Pasen —dijo llanamente—. Ya les aguardaba hacía rato.

Caynd respiró aliviado.

—Hratton, un muchacho llamado Chardry me dio su nombre, aunque probablemente, no tuvo tiempo de indicarme su dirección. Pero creo que Chardry esperaba que usted nos daría algo de comer. Hablando con franqueza, estamos muertos de hambre.

El nativo se echó a reír.

—Vengan, les daré comida —dijo.

Momentos más tarde, Caynd y Rosa se hallaban sentados frente a frente en una mesa bien provista. Más que comer, devoraron los alimentos que Hratton les había preparado.

Al terminar, Caynd se reclinó en la silla, frotándose el estómago con aire satisfecho.

—Me siento otro —declaró—. Hratton, un día, en el jardín de mi casa, le elevaré un monumento.

—Antes tiene muchas cosas que hacer, capitán —contestó el nativo—. Estimamos que usted puede servirnos de mucho y por ello solicitamos su ayuda.

—Está hablando en plural, Hratton. ¿A quién o quiénes representa usted?

—Por ahora, le bastará con saber que, en Omphylar, soy el representante de la duquesa-reina Eugenia. Quizá usted lo llame conspiración, pero vistos los planes de ese demente que se llama Nyphod, comprenderá mejor nuestros puntos de vista.

—Nyphod quiere conquistar Sittanul, ya lo sé. Eugenia, como es lógico, quiere evitar esa conquista. Pero también, por lo que ella me dijo, desea abandonar su puesto y dejárselo a su hermano Richard.

—No se sabe dónde está el muchacho —respondió Hratton—. De todas formas, lo importante es frustrar los planes de Nyphod.

—Lo veo muy difícil, aunque ya he podido darme cuenta de que hay gente que está en contra de su línea política.

—Bastantes, a decir verdad, si bien menos de los que desearíamos y de menor categoría que quienes comparten sus ideas con respecto a Sittanul. Por eso dudamos de conseguir nuestros propósitos.

—¡Hum! —dijo—. A veces, los insectos devoran los pies de la estatua y la derriban con el tiempo, logrando que se haga pedazos.

—Una metáfora muy bonita, que me gustaría se hiciese real —dijo Hratton.

—¿Por qué no me explica la situación claramente de una vez? —solicitó Caynd.

—Sí, con mucho gusto —accedió el omphylariano—. La duquesa-reina tiene sus planes para el futuro, muy distintos, como puede comprender, de los de Nyphod. Eugenia comprende perfectamente a los omphylarianos y sabe que este planeta, realmente, no tiene ningún atractivo. Es, simplemente, habitable, pero no ofrece perspectivas de progreso. Mientras vivíamos tiempos atrás en la Barbarie, nos contentábamos con lo que obteníamos de Omphylar.

«Ahora, ya civilizados, las cosas han cambiado. Queremos emigrar, ésta es la verdad, y Eugenia se sentiría dispuesta a acceder a nuestras pretensiones, siempre que nos ajustásemos a las leyes y costumbres de Sittanul. Pero nunca cederá ante la fuerza, esto es, jamás querrá que un tipo como Nyphod se convierta en el amo de su planeta.

—Entiendo. En Sittanul, por lo visto, hay sitio de sobra para ambas poblaciones humanas.

—Exacto. Somos unos veinte millones en Omphylar y cincuenta o sesenta en Sittanul, que, además, tiene las ventajas de una gran fertilidad y climas variados, pero siempre mucho mejores que los de Omphylar. La emigración, caso de llegarse a un acuerdo, duraría unos cuantos años, después de establecidos los pactos y planes correspondientes.

—Eso me parece muy bien. Pero, por lo visto, Nyphod quiere llevarse la tajada entera.

—Justamente, y éste es el principal obstáculo para el logro de nuestras aspiraciones.

—¿Sabe si Nyphod ha hecho ya los planes de invasión y conquista?

—Los tiene hechos, a falta solamente de un detalle.

—¿Cuál es ese detalle, Hratton?

—El transporte de sus tropas. Hacerlo por medio de astronaves convencionales podría resultarle oneroso en bajas y costarle quizá, una derrota sangrienta. Por tanto, no quiere arriesgarse a una batalla que acaso podría perder.

—Es lógico. Todo comandante en jefe planea su operación para conseguir la victoria..., lo que me hace pensar que Nyphod guarda lo que los terrestres decimos un as en la manga.

Hratton sonrió.

—El as de Nyphod está guardado en el mayor secreto —dijo—. Sólo sabemos que se trata de una nueva máquina, que asegurará un transporte rápido y sin riesgo de sus soldados, sin sufrir bajas innecesarias. Pero no puedo darle más detalles, ni siquiera el lugar donde está esa máquina.

—Apostaría a que ustedes pretenden que yo encuentre esa máquina y la destruya —adivinó.

—Exactamente, capitán —corroboró Hratton sin pestañear.

Caynd volvió la vista hacia Rosa, a fin de consultar su opinión, pero, con gran asombro suyo, la vio plácidamente dormida en un diván.

—Pobre —sonrió—, está agotada.

Se levantó y fue hacia ella. Hratton le hizo una seña.

—Venga, le indicaré el dormitorio —dijo.

Momentos después, Caynd depositaba a la muchacha sobre una cama. Rosa murmuró algo entre dientes, pero no se despertó.

—Usted también necesita descansar, capitán —apuntó Hratton.

Caynd bostezó sin remilgos.

—Unas horas de sueño me vendrían muy bien, créame —convino.

Hratton le llevó a otro dormitorio. Antes de dejarlo solo, le dio un consejo:

—Si a mí me sucediera algo, busque al capitán Yul-O. Es hombre de toda mi confianza.

—Así lo haré, Hratton —prometió el joven—. Pero, ¿es que teme algo?

—Con un tipo como Nyphod en el poder, uno no puede sentirse jamás seguro ni tranquilo —contestó el nativo sentenciosamente.

* * *

Unos fuertes golpes que sonaban en la puerta despertaron bruscamente a Caynd. Alguien lanzaba estentóreos gritos en el exterior.

—¡Abran! ¡Abran en el acto o derribaremos la puerta!

Caynd se levantó de un salto. El dormitorio estaba en el primer piso y corrió hacia el de la muchacha.

—¡Arriba, Rosa! —gritó—. Estamos en peligro.

Ella se sentó inmediatamente en la cama.

—¿Qué ocurre, Laird? —preguntó.

—No hay tiempo que perder —dijo él—. Vamos, tenemos que largarnos de aquí inmediatamente.

La voz de Hratton sonó colérica en la planta baja.

—Le digo que aquí no hay nadie, teniente. Ustedes no tienen derecho a...

—Maldito imbécil, ¿quién te ha dicho que un oficial del rey no tiene derecho a registrar tu casa? Sabemos que los espías terrestres están aquí y vamos a capturarlos, te guste o no, ¿entendido?

—Espías terrestres —dijo Hratton burlonamente—. Tú estás loco, tenient...

Se oyó un chasquido. La voz de Hratton quedó cortada instantáneamente.

—Una pistola neutrónica —musitó Caynd.

Era el mejor medio de abrirse paso pensó. Y él estaba desarmado, lo mismo que la muchacha.

—¡Arriba! —gritó el oficial.

Caynd se dio cuenta de que ya no tendrían tiempo de escapar por la escalera y cerró la puerta del dormitorio.

—Rosa, detrás de mí —ordenó.

Sonaron pasos ruidosos en el corredor. Caynd permaneció junto a la puerta, con una pesada silla en la mano.

.El dormitorio de Rosa estaba situado justamente frente a la escalera. Caynd aguardó a que alguien abriese la puerta desde el exterior.

Entonces cargó con la silla por delante, empujando a los dos soldados que querían penetrar en la estancia y haciéndolos rodar aparatosamente por la escalera.

Alguien lanzó un grito de rabia. Caynd se volvió, justo en el preciso instante en que el oficial que mandaba la patrulla le apuntaba con su pistola.

La silla voló por los aires, convertida en un demoledor proyectil. El omphylariano lanzó un terrible chillido cuando el mueble le aplastó la cara.

Caynd saltó hacia adelante y se apoderó de la pistola. Los soldados que estaban abajo se incorporaron, aturdidos y desconcertados.

—¡Quietos o disparo! —ordenó.

Dos pares de brazos se alzaron instantáneamente. Seguido por la muchacha, Caynd empezó a descender la escalera.

Momentos después, dos pistolas más habían pasado a su poder. Una de ellas fue a parar a la mano de Rosa.

Acto seguido, se lanzaron a la calle. Antes de cerrar, Caynd contempló el patético bulto que era el cadáver de Hratton, cuyo sistema nervioso había sido destruido por el disparo neutrónico.

—¡Vamos, Rosa! —exclamó súbitamente.

Echaron a correr. Unos pasos más adelante, se tropezaron con otra pareja de soldados.

—¡Alto! —gritó uno de ellos.

Caynd le golpeó con el cañón del arma y lo derribó fulminado.

El otro soldado, más rápido y también más inteligente, saltó hacia la muchacha y la agarró por el pelo, a la vez que metía en su costado el cañón de la pistola.

—¡Quietos! —ordenó—. Quietos o la mataré.

CAPITULO XI

La mano del soldado tiraba fuertemente hacia atrás del pelo de Rosa, obligándola a curvar el cuerpo en aquel sentido. Caynd vaciló un momento y, al fin y aunque a disgusto, acabó por lanzar el arma al suelo.

—Déjela —gruñó de mala gana—. Nos rendimos.

—Así está mejor —dijo el omphylariano complacidamente—. Ahora esperaremos a que se reponga mi compañero o a que venga otra patrulla. No tengo ninguna prisa, como pueden comprender.

Caynd apretó los puños, dándose cuenta de que no podían hacer nada. El menor movimiento podía causar la muerte de Rosa y esto era algo que era preciso evitar a cualquier precio.

—Me darán un ascenso —siguió el soldado—. Tal vez me concedan el grado de teniente... ¡Quieta, pequeña, no te muevas!

—Sería mejor que no tirase tanto del pelo —suplicó Rosa—. Me está haciendo daño.

El soldado lanzó una carcajada de burla y volvió a tirar del pelo de la muchacha. Entonces, Caynd, con enorme asombro, comprobó que la piel del rostro de Rosa empezaba a subir hacia arriba.

Se trataba de una máscara, advirtió inmediatamente. Pero, ¿qué había bajo ella?

El guardia también se dio cuenta y pegó un súbito tirón, quedándose en las manos con la cabellera postiza y la máscara, que formaban una sola pieza. Con gran pasmo, Caynd reconoció la verdadera personalidad de la mujer que hasta entonces se había hecho pasar por Rosa Uttoni.

—Kitty —murmuró—. Kitty MacDonald.

El soldado parecía también desconcertado. Durante un segundo, relajó su guardia y Kitty aprovechó la ocasión para desviar la pistola de un manotazo.

—¡Ayúdame, Laird! —pidió.

Caynd reaccionó en el acto y saltó hacia adelante. Kitty arrebató la peluca de la mano del soldado y golpeó con ella la pistola. El arma emitió una descarga que se estrelló contra el enlosado de piedra del pavimento.

Un segundo más tarde, el puño de Caynd entraba en acción. El omphylariano se desplomó sin sentido.

—Coa-amos —dijo la muchacha.

Caynd no se lo hizo repetir dos veces. Kitty movía las piernas con asombrosa agilidad, tanto, que casi le costaba seguir su veloz marcha. Al cabo de unos minutos, doblaron por una calle transversal, lo que les permitió considerarse en buena parte fuera de peligro.

—Kitty, tiene que explicarme...

—Más adelante, ¿no cree? —le atajó ella—. Ahora, lo que nos interesa es llegar a la residencia del capitán Yul-O.

—Si al menos supiéramos dónde vive —se lamentó Caynd, que todavía no se había recobrado de la sorpresa recibida.

Kitty le dio otra.

—Yo sé dónde vive —aseguró con voz firme.

Caynd se pasó una mano por la cara.

—Me gustaría estar despierto —dijo—, ¿Cuándo me voy a despertar, Kitty?

—Está despierto —sonrió ella—. Pero mantenga los ojos bien abiertos

o le harán dormir para siempre.

—Oiga, Kitty, usted «era» un robot. Yo lo vi claramente...

—Lo sé. Estoy enterada de todo, Laird. El robot me transmitía todo cuanto se hablaba en sus proximidades. Por eso, cuando usted empezó a dudar de mí, le di orden de escapar. No pensé que usted resultarla más ágil que la máquina.

—Debiera haberlo calculado, Kitty; y lo que me ha dicho explica muchas cosas, aunque no los motivos por los cuales decidió enviar a su doble mecánico a ocupar el puesto de Rosa Uttoni.

—Si yo tenía que estar aquí, alguien tenía que estar con usted, ¿no le parece?

—Lo entiendo, pero sólo a medias, Kitty. Además, incluso no estoy seguro de que no sea usted también otro robot.

Ella se volvió y le miró maliciosamente sin dejar de caminar. De repente, volvió la cabeza y, unos segundos más tarde, se metió en una casa que tenía la puerta abierta.

Súbitamente, Kitty se colgó del cuello de Caynd y le besó con cálido apasionamiento, a la vez que se apretaba con fuerza contra él.

—Y ahora, ¿estás convencido de que soy una mujer? —preguntó, casi un minuto después.

Caynd sonrió.

—Por supuesto, un robot no me besaría como tú —respondió—. Pero el momento no es el más adecuado para ciertas efusiones. Recuerda, tenemos que buscar la casa de Yul-O.

—«Está» es la casa de Yul-O —dijo Kitty rotundamente.

* * *

Yul-O se paseaba con la preocupación pintada en su rostro. Era un hombre de unos treinta y cinco años, bien parecido y de rostro enérgico. Ya conocía la noticia de la muerte de Hratton.

—Es una gran pérdida —dijo, después de que Caynd hubo terminado su relato—. Nuestros planes pueden sufrir un gran retraso o tal vez una derrota total.

—Lo que significaría la conquista de Sittanul —vaticinó Caynd lúgubremente.

—Los sittanulitas no lo consentirán —exclamó Kitty con gran vehemencia—. Pelearán todo lo que sea, a cualquier precio, antes que consentir en convertirse en unos esclavos de Nyphod y su corte de asesinos.

—Si no podemos impedir los planes de Nyphod, eso es lo que sucederá inevitablemente —dijo Yul-O.

—Parece que Nyphod tiene más enemigos de los que quizá él mismo cree, aunque menos de los deseables —observó Caynd—. ¿Cuáles son las bases de su oposición a su política?

—Las propuestas de la duquesa-reina Eugenia —respondió el nativo —. Encontramos que son justas y aceptables. Una guerra contra Sittanul costaría cientos de miles, acaso millones de vidas de uno y otro bando. Sólo los ambiciosos pueden querer un conflicto a semejante precio.

—Entonces, usted está dispuesto a emigrar a Sittanul.

—Indudablemente, sin importarme trabajar en lo que sea. Allí hay campo sobrado para construir una nueva civilización, más tranquila, humana y pacífica que la que se basaría en un bárbaro derecho de conquista. Omphylar no es acogedor para los seres humanos, al menos en el estado de civilización a que hemos llegado.

—Un argumento muy ponderado y perfectamente admisible —calificó

el terrestre—. Pero, por lo que me dijo Hratton, Nyphod ha construido, o hecho construir, una máquina que le asegurará la conquista con un mínimo costo de vidas, propias, naturalmente, ya que no se cuentan las ajenas. ¿Qué sabe usted al respecto, Yul-O?

El oficial extendió las manos desanimadamente.

—No mucho más que usted, Caynd —respondió—. Rumores, comentarios, habladurías..., pero nada en concreto. Nadie sabe si se trata de una nueva arma, de un supercañon espacial, de una nave gigantesca capaz para un millón de soldados... Sólo hay una persona, estimo, que podría decir algo al respecto, aparte de Nyphod y de sus más íntimos, naturalmente.

—Deme el nombre de esa persona, capitán —pidió Caynd.

—Es el doctor Grannivar, director en jefe de la sección científica de Nyphod. Según tengo entendido, es el que ideó la nueva arma y dirigió su construcción, pero, como comprenderá, no he tenido ocasión de hablar con él. Ni me hubiera dicho nada, caso de habérselo preguntado. Lo más probable es que me hubiera hecho ejecutar como espía.

—También tiene ambiciones expansionistas, ¿eh?

—A Nyphod sólo le hacía falta un tipo como Grannivar —dijo Yul-0 amargamente.

—Supongo que, al menos, conocerá usted su domicilio.

Kitty respingó.

—¿Cómo? ¿Piensas ir a verle, Laird? —exclamó.

Caynd asintió.

—El doctor Grannivar nos indicará dónde está la nueva arma y yo me encargaré de destruirla —contestó rotundamente—. Por supuesto, con

la ayuda inapreciable del amigo Yul-O.

—Cuente conmigo, Caynd —respondió el nativo con sincero acento.

—En ese caso, y puesto que usted conoce la residencia del buen Grannivar, haga el favor de trazarnos un croquis para que podamos llegar hasta ella con un mínimo de dificultades —pidió Caynd.

—Lo haré, pero antes habré de advertirle que Grannivar es un tipo muy astuto y que sabe protegerse —dijo Yul-O.

Una sonrisa se formó en los labios de Caynd.

—No me gusta ser presuntuoso, pero creo que estoy en condiciones de darle un buen susto a ese científico loco por la guerra —aseguró.

* * *

Hacía rato ya que había anochecido. Caynd y Kitty estaban dispuestos para la partida.

Yul-O les había proporcionado algunos elementos que Caynd juzgaba necesarios para la expedición, entre los que figuraban dos propulsores individuales.

—Yo les acompañaría con mucho gusto —dijo el oficial—, pero a la medianoche tengo que tomar mi turno de guardia en el palacio de Nyphod.

—No se preocupe, nosotros sabremos arreglárnoslas solos —contestó Caynd—. Por cierto, ¿tiene usted noticias de Richard, el hermano de la duquesa-reina?

—En absoluto. Como otros muchos, sé que está en Omphylar, pero desconozco en absoluto su paradero.

—¿Cree usted que Nyphod lo tenga secuestrado?

Yul-O se encogió de hombros.

—No puedo contestarle en ningún sentido, Laird —dijo.

—Está bien, ese chico acabará por aparecer un día u otro.

Caynd sacó el croquis que Yul-O le había entregado y lo repasó de nuevo antes de emprender la marcha. De pronto, reparó en un detalle que antes no había tomado demasiado en consideración.

—Escuche —dijo—, aquí estoy viendo una especie de foso que rodea la casa por completo...

—Hay una especie de puente levadizo, aunque es de suponer que Grannivar lo levante por las noches —contestó Yul-O.

—Parece bastante ancho, pero eso me parece poca protección. Yul-O, lo siento, pero voy a vaciarle la despensa. Necesito un saco para echar toda la comida que tenga. Si son botes de comida, los abriremos y verteremos su contenido en el saco.

—¿Sospechas que haya animales voraces en el agua del foso? —preguntó Kitty.

—No me extrañaría en absoluto, dados los informes que tenemos de ese granuja —respondió Caynd.

* * *

Los propulsores individuales hicieron el viaje extraordinariamente corto. Kitty se preguntó por qué no los usaban para franquear el foso.

Caynd aclaró sus dudas poco más tarde. La residencia de Grannivar, situada a buena distancia de la capital, estaba rodeada por un espacioso jardín, muy bien cuidado, lo que se veía claramente al resplandor de una de las tres lunas de Omphylar, en fase de plenilunio. Extrañamente, no tenía la menor valla que lo circundase, aunque sí una serie de árboles de buen tamaño, plantados a intervalos regulares y en las proximidades del borde exterior del foso.

—¿Por qué no pasamos sobre el foso? —preguntó Kitty en voz baja.

—Aguarda un momento y lo verás. Quédate aquí sin moverte; volveré ahora mismo.

Caynd se alejó un poco, para regresar minutos más tarde con varias ramitas, una de las cuales lanzó hacia adelante, procurando enviarla a una altura de siete u ocho metros.

Una llamarada apareció en el acto. La rama cayó ardiendo a las aguas del foso y se apagó con un chasquido.

—¿Empiezas a comprender, Kitty? —preguntó él, sonriendo.

—Sí, pero lo que no entiendo es cómo has podido suponer...

—No es la primera vez que me enfrento con una barrera de energía invisible —explicó Caynd—. Ahora, lo que interesa es saber hasta qué altura llega, por abajo, naturalmente.

Varias ramas más fueron lanzadas sucesivamente y todas ardieron, menos la última, cuya trayectoria se deslizó a cosa de medio metro del suelo.

—Exacto —dijo Caynd, satisfecho—. Es justo lo que yo había calculado.

—¿Qué habías calculado, Laird?

El joven no hizo caso de la pregunta y, a su vez, formuló otra:

—¿Qué tal nadadora eres, Kitty?

—Regular, aunque no me costará demasiado atravesar el foso —repuso ella.

—Es justo lo que necesitamos. Ven, tiéndete en el suelo y sígueme puntualmente —indicó él.

La muchacha obedeció. Caynd se quitó la pesada mochila que llevaba a la espalda y se arrastró, empujándola con ambas manos, ya que, de otro modo, habría tocado con la línea inferior de la invisible muralla de energía. Momentos después, se hallaban al borde del foso.

Kitty, cuando yo te lo diga, lánzate al agua y nada

a toda velocidad hasta la otra orilla —dijo Caynd—, ¿Me has comprendido bien?

—Sí, Laird, pero...

—Prepárate —atajó el joven secamente, a la vez que soltaba los cordones de un saco repleto de comida de todas clases.

CAPITULO XII

Caynd lanzó varios puñados de comida hacia adelante y a su izquierda, procurando hacerlo de modo que los alimentos llegaran a la mayor distancia posible. Casi en el acto, se arremolinaron las aguas en el lugar donde habían caído los víveres.

Un vivo espumeo se produjo segundos después. Las aguas parecían hervir.

—¡Ahora, Kitty; esos bichos ya tienen comida! —exclamó Caynd.

La joven no se hizo de rogar y se zambulló de cabeza en el líquido. Caynd observó complacidamente la rapidez y regularidad de su braceo y de los movimientos de sus piernas, que la llevaron a atravesar los veinte metros del foso en diez o doce segundos, antes de que los peces carnívoros se percataran de que había una nueva presa.

Kitty salió fuera del agua y miró al joven con ansiedad.

—Laird —llamó apagadamente.

—Ahora te tiraré una cuerda para pasar la mochila. Después cruzaré yo, pero procura no moverte del sitio en donde estás.

—Descuida, Laird.

La mochila pasó fácilmente al otro lado. Estaba en una bolsa impermeable, de modo que el agua no penetró en su interior.

Caynd se había quedado con el resto de la comida, que arrojó al agua, lo mismo que la vez anterior. Cuando los peces carnívoros estuvieron entretenidos con el cebo, Caynd se zambulló en el agua y pasó al otro lado con velocidad casi meteórica.

—No acabo de comprender cómo descubriste esta trampa —dijo Kitty, admirada, cuando él estuvo ya a su lado.

—En primer lugar, no hay valla y sí un foso con agua, fácil de vadear. Si Grannivar es tan receloso como dicen, no parece que tenga su casa tan desprotegida, ¿comprendes?

—Desde luego, aunque no he visto los postes de la energía radiante...

—Son los árboles del otro lado, querida.

—¡Arboles! —exclamó Kitty sin poder contenerse—. Eso es imposible, Laird.

—Debieras haberte fijado mejor en ellos. Son artificiales.

Kitty lanzó un «¡Oh!» de asombro. Mientras hablaban, Caynd había sacado la mochila de la bolsa protectora, de la que, a su vez, extrajo una pértiga telescópica de metal.

—Kitty, sígueme puntualmente, pisando con toda exactitud donde yo lo haga —ordenó, a la vez que rompía la marcha.

Ella obedeció en silencio. La pértiga medía unos cuatro metros de largo y Caynd tanteaba con ella el terreno que debían pisar.

De pronto, se oyó un fuerte chasquido. Caynd tiró de la pértiga, pero no pudo recobrarla.

Caminando con precaución, dio unos cuantos pasos más. Entonces divisó un enorme cepo, capaz de seccionar una pierna humana sin dificultad.

—Este condenado Grannivar no se priva de nada —masculló, mientras buscaba el resorte que aflojaba los muelles del cepo.

Continuaron el camino. La pértiga tenía una empuñadura aislante, lo cual le evitó un serio disgusto momentos después, cuando ya se disponían a forzar la puerta de la casa.

La descarga eléctrica quedó neutralizada antes de llegar al cuerpo de Caynd. El joven buscó con la vista y pronto encontró dos electrodos

muy bien disimulados a ambos lados de la puerta.

Soltó uno de los tramos de la vara y provocó un cortocircuito. El acceso a la puerta quedó despejado.

Caynd no se molestó en tantear la cerradura. Simplemente, por medio de un soplete portátil, la hizo desaparecer.

Momentos después, tenían el paso franco.

—Bien —dijo—, ya estamos en la guarida de la fiera.

* * *

Había luz en el interior de la casa. Ello hizo sentir extrañeza a Kitty.

—Grannivar usa, indudablemente, dos líneas de suministro de electricidad: una para las trampas, que es la que hemos inutilizado, y otra para la iluminación corriente —explicó Caynd.

Avanzaron unos pasos. Encima de una gran mesa, divisaron un gran dibujo, en el que aparecía lo que semejaba un cañón de tamaño gigantesco.

La culata del arma era, en comparación, mucho mayor que el tubo y había en ella unas escalerillas que permitían el acceso a su interior, según mostraba el diseño. A Caynd se le hizo raro no ver los proyectiles que disparaba aquel cañón, cuyo tamaño, calculó, debía de ser de dimensiones inconcebibles.

—Quizá dispara obuses interplanetarios exterminantes —sugirió Kitty.

—Es una posibilidad digna de ser tenida en cuenta —admitió Caynd.

Agarró el papel, lo dobló varias veces y se lo guardó sin el menor escrúpulo. Luego siguió andando.

Granniver dormía en una habitación de lujo exorbitante, en compañía

de una hermosa mujer pelirroja. Ninguno de los dos se dio cuenta de la presencia de los intrusos, hasta que Caynd tosió con fuerza varias veces.

El científico abrió los ojos y pegó un respingo.

—Eh, ¿quién diablos son ustedes? —dijo.

—Laird Caynd, su seguro servidor, doctor Grannivar —se presentó el terrestre—. Kitty MacDonald, mi secretaria.

Los ojos de Grannivar fueron de uno a otra alternativamente. Luego se fijaron en la pistola con que Caynd le encañonaba.

—He oído hablar de usted, capitán —dijo al cabo—. Parece ser que es un tipo duro de pelar.

—Lo soy, doctor —rió Caynd.

La pelirroja despertó en aquel momento.

—Cariño, ¿con quién hablas? ¿Es que no te puedes ir a conversar con tus amigos a otra parte? —dijo, a la vez que bostezaba aparatosamente.

—En efecto, señora, el doctor Grannivar se irá a conversar con nosotros a otra parte —sonrió Caynd—. ¿No es cierto, doctor? —se dirigió al aludido.

La pelirroja lanzó un terrible chillido y se sentó en la cama.

—Tú me habías dicho que nadie podía entrar en tu casa... Si mi esposo se enterase...

Caynd lanzó una carcajada.

—Vaya, no sabía que el doctor fuese tan aficionado al fruto del cercado ajeno —comentó—. Seguro que esa hermosa joven es la esposa de algún oficial de guardia en el palacio de Nyphod.

—Acabemos de una vez —cortó Grannivar, hoscamente—. ¿Qué es lo que quieren ustedes?

—Se lo explicaré, pero a solas —respondió Caynd—. Kitty, ¿quieres encargarte de la señora... X?

—Con mucho gusto —accedió la muchacha, a la vez que avanzaba hacia la cama.

—¡No dejaré que me toque! —chilló la pelirroja agudamente.

—Señora, van a atarla y amordazarla, a menos que prefiera estar muerta —amenazó Caynd.

Aquello bastó para que la pelirroja dejara de formular protestas. Caynd movió la pistola.

—Doctor, salga —ordenó.

Grannivar abandonó la cama. Rabiaba de ira, pero la amenaza del arma era lo suficiente para hacerle olvidar toda veleidad de resistencia.

Minutos más tarde, la bella pelirroja yacía de nuevo sobre la cama, sólidamente atada y amordazada.

—Listos, Laird —informó Kitty.

—Doctor, vayamos a un sitio en donde podamos conversar sin que nadie nos moleste —ordenó Caynd.

* * *

—Es usted muy listo, capitán —dijo Grannivar, una vez en el salón—. Yo me creía suficientemente protegido...

—No era suficiente protección —remedó Caynd burlonamente—. Pero usted, opino, fiaba demasiado en sí mismo y olvidó instalar un eficaz sistema de alarma, que llamase su atención, cada vez que una de las trampas fuese desconectada.

—Lo tendré presente para la próxima ocasión —aseguró el omphylariano—. Gracias por el consejo... y ahora, por favor, capitán, exponga los motivos de su visita.

Caynd sacó el dibujo del que se había apoderado momentos antes y lo tiró sobre el regazo de Grannivar, quien se hallaba sentado en un diván.

—Explíquese, doctor —ordenó.

Grannivar desplegó el papel.

—Ah, conque era eso —murmuró.

—Sí —confirmó Caynd.

—¿Qué pasaría si no quisiera hablar, capitán?

—Puedo darle varias cosas a elegir, todas las cuales le harán hablar, estoy seguro de ello —manifestó el terrestre—. Una inyección hipnótica, un poco de fuego en los pies, unos cuantos garrotazos en los lomos... Puedo entretenerme también arrancándole las uñas de los dedos o quebrándole algunos huesos... En fin, la variedad de tormentos es infinita y lo que me sobra es tiempo.

Grannivar palideció.

—Usted es un hombre civilizado, capitán —dijo—. No le creo capaz de hacer cosas como las que ha enunciado.

—Doctor, a mí me las han hecho y, créame, hasta me han salido canas del miedo que he pasado. En determinadas circunstancias, me olvido de la buena educación, puedo asegurárselo.

—Me gustaría saber por qué hace todo esto, capitán.

—Se lo diré brevemente. En primer lugar, me contrataron; pero aunque hubiera roto el contrato y devuelto el dinero que me entregaron, seguiría adelante, sólo por vengar la muerte ignominiosa

de catorce buenos amigos. —Los ojos de Caynd se inflamaron súbitamente—. Doctor, quiero que trate de comprenderme. Aquellos catorce hombres murieron fusilados y alguien debe pagar por ello.

—Pero yo no...

—Ya sé que la orden de ejecución no partió de usted. Sin embargo, es uno de los principales colaboradores de ese salvaje llamado Nyphod. Y lo hace muy a gusto, me consta. Ahora, piense si me cree capaz de tener piedad con usted, caso de que se niegue a informarme de cuanto deseo.

Grannivar estudió el rostro de su interlocutor y vio que no podía esperar compasión. Ciertamente, podía acogerse al recurso de la inyección hipnótica, pero no estaba seguro de que el terrestre no concluyese su visita con un disparo neutrónico.

—Hablaré —cedió finalmente—, pero con una condición.

—Expóngala, doctor. Si me conviene, la aceptaré —admitió Caynd.

—Le daré los informes que desea. Usted, a cambio, ha de prometer respetar mi vida.

—No he venido aquí a matarle y sólo lo haría en defensa propia, doctor. Le respetaré la vida, aunque habrá de comprender que he de cerciorarme de la autenticidad de sus declaraciones.

—Seré sincero, se lo aseguro —prometió Grannivar.

—Bien, en tal caso, dígame, ¿qué clase de proyectiles dispara ese cañón?

—¿Proyectiles? —Grannivar soltó una risita—. ¿Me cree tan anticuado? Es, simplemente, un proyector instantáneo de toda clase de objetos, incluidos, por supuesto, seres humanos, con su equipo de combate.

CAPITULO XIII

Un profundo silencio gravitó sobre la estancia a renglón seguido de aquella sensacional declaración. Caynd y Kitty intercambiaron una mirada de asombro.

—¿Será posible? —murmuró ella.

—Lanzar proyectiles exterminantes, como habíamos supuesto, no tendría apenas sentido —observó Caynd—. Enviar divisiones enteras de soldados dispuestos a batallar, y hacerlo instantáneamente, resulta muchísimo más eficaz.

—Así es capitán —concordó Grannivar.

—Pero, ¿cuántos hombres puede «disparar» ese cañón al mismo tiempo? —preguntó Kitty.

—Oh, eso depende de las necesidades del momento —repuso el científico—. Prácticamente, puede hacerlo de un modo ininterrumpido..., mejor dicho, lo hará en el momento en que hayan terminado las pruebas de funcionamiento. Todavía hay algunos fallos, que es necesario subsanar, antes de su empleo definitivo.

—Es decir, a medida que los soldados entran en la recámara, son lanzados al espacio —dijo Caynd.

—Así es, capitán —corroboró Grannivar.

Caynd recordó las escaleras del dibujo.

—¿Y llegan a su destino sin daño físico?

—Llegarán —aseguró Grannivar.

—¿En cuánto tiempo? —terció Kitty.

—Oh, conociendo las coordenadas del punto de llegada, y tenemos

excelentes mapas de Sittanul. en cuestión de segundos, no más de diez; posiblemente.

—¡Qué bárbaro! —se asombró Caynd—. Lo que darían en la Tierra por tener un chisme semejante, para el transporte pacífico de personas y mercancías, por supuesto.

—Podrías comprarle la patente, Laird —sugirió la muchacha, sonriendo.

—Hombre, no sería mala idea. Doctor, dos últimas preguntas.

—Sí, capitán.

—¿Cuántos hombres puede enviar cada vez su cañón?

—Diez al mismo tiempo, pero cinco segundos más tarde, está de nuevo en condiciones de funcionar —respondió Grannivar.

Caynd hizo un rápido cálculo.

—Ciento veinte hombres por minuto, siete mil doscientos a la hora, ciento setenta y dos mil ochocientos en un día... y en ocho, un formidable ejército de más de millón y medio de hombres.

—En siete días más, necesarios para enviar los pertrechos y bagajes, se completaría la invasión —calculó Kitty.

—Bien, pero la pieza no está terminada todavía, aunque, por lo que se deduce, su empleo es cuestión de un tiempo muy breve. Ahora, doctor, la última pregunta. ¿Dónde se guarda ese maravilloso artefacto?

Grannivar apretó los labios.

—No quiere contestar, Laird —adivinó la muchacha—. Tendrás que emplear un procedimiento duro para conseguir que hable.

Caynd levantó una mano.

—No, aguarda —dijo—. Antes has mencionado algo que me ha dado una buena idea. Estoy seguro de que el doctor Grannivar preferirá colaborar con nosotros cuando le exponga mi plan.

—Lo dudo mucho —rezongó el aludido—. Ya he hablado bastante.

—Doctor, antes le hice una relación de medios que podía emplear para obligarle a hablar. Olvidé uno, quizá el mejor de todos.

—No creo que haya ninguno...

—Usted no ha cumplido aún los cincuenta años, está en lo mejor de su existencia y le gusta la buena vida. Nyphod le necesita por ahora, pero, ¿quién le dice que no le dé de lado cuando compruebe que el cañón funciona perfectamente? Conociendo su versatilidad, ¿no cree que se le puede ocurrir la idea de ordenar que le rebanen el pescuezo?

Grannivar se pasó la mano por el cuello con gesto instintivo.

—Diablos —masculló—. Es cierto; ese condenado Nyphod es capaz de todo.

—Le voy a exponer mi plan, doctor —insistió Caynd—. Después, usted mismo tomará una decisión... y estoy seguro de que lo hará a mi favor.

—Hable —pidió Grannivar roncamente.

Caynd sonrió. Cinco minutos más tarde, escuchaba complacidamente un sí rotundo.

—¡Caramba! —exclamó Grannivar—. ¿Sabe que no había pensado siquiera en esa posibilidad, capitán?

Caynd se echó a reír.

—Actuar con honradez, doctor, además de proporcionar tranquilidad a la conciencia, suele producir muchas veces saneados beneficios. Y eso es lo que le sucederá a usted, se lo aseguro —afirmó tajantemente.

* * *

El aeromóvil se detuvo lentamente al pie de la enorme montaña que se alzaba a varios miles de metros sobre la llanura. Era una colosal formación rocosa, con paredones verticales en muchos de sus puntos que se desplomaban durante cientos de metros interrumpidamente.

—El lugar ideal para el emplazamiento de un artefacto semejante —dijo Caynd, mientras contemplaba la montaña a la plateada luz de la luna omphylariana.

—Y la llanura, muy adecuada para que el ejército invasor acampe mientras se van disparando hombres hacia Sittanul —añadió Kitty.

—Han pensado en todo, indudablemente. Por fortuna, sin embargo, hemos conseguido atraer a Grannivar a nuestro bando.

—Eres muy elocuente, Laird —sonrió la muchacha.

—Sí, pero tú me diste la idea —contestó él.

Callaron un momento. Caynd consultó su reloj. La hora, según el tiempo de Omphylar, era muy temprana.

—Tendremos que esperar bastante —dijo, al cabo de unos minutos.

—Y cuando hayas inutilizado el cañón, tu misión podrá darse por concluida, ¿no es así?

—No del todo —contradijo él—. Todavía tengo que buscar a Richard.

—El doctor Grannivar manifestó ignorar su paradero, Laird.

—Es probable que Nyphod lo conozca, aunque no seguro. Pero, en el primer caso, debe de ser uno de los secretos mejor guardados.

—Quizá lo quiera hacer aparecer como amigo suyo en el momento del desembarco, ¿no te parece? Tener como aliado al duque-rey de Sittanul podría limar muchas asperezas en Sittanul.

—Tendremos que averiguarlo de un modo u otro, Kitty. ¿No te dijo él nada, cuando estabas en palacio?

—Era muy parlanchín en algunas cosas, por ejemplo, en la suerte que ibais a correr; pero para otros asuntos es tremendamente reservado. —Kitty se sintió de repente apesadumbrada—. Lo que siento es no haber podido hacer nada por salvar a tus compañeros, Laird.

—Estoy seguro de que hiciste cuanto estaba en tus manos. Incluso la comedia del salivazo. Se la tragó, ¿no es cierto?

Ella asintió. Caynd pasó un brazo por encima de su hombro y la atrajo hacia sí.

—Y pensar que yo escupí en esta carita tan linda —dijo, un segundo antes de besarla.

Kitty no protestó; le gustaba sentir en sus labios la caricia de los del hombre.

* * *

Kitty dormía profundamente, con la cabeza reclinada en el respaldo del asiento. Caynd la despertó con un suave codazo.

—Es la hora —murmuró.

La muchacha se despabiló instantáneamente. Se levantó y se puso el chaquetón de pieles que, a prevención, había llevado consigo, dada la baja temperatura que reinaba durante la noche en aquella desértica región.

Caynd la imitó segundos más tarde. Se colgó a la espalda la mochila y rompió a andar hacia la montaña. Kitty mantenía el paso firmemente.

Media hora más tarde, llegaron a la base de un inmenso farallón, de paredes prácticamente verticales, que se alzaban a varios cientos sobre sus cabezas. Las grandes estrías que se advertían en su superficie,

semejaban gigantescas columnas en bajorrelieve, y a Caynd le pareció que aquellas formaciones geológicas tenían en buena parte origen basáltico.

—Es extraño que no haya aquí vigilancia, en el exterior, me refiero —dijo la muchacha.

—Si es un lugar secreto y nadie lo conoce, ¿para qué quieren despertar sospechas colocando centinelas en el exterior? En el interior es donde empezarán las dificultades —contestó Caynd.

Por Grannivar sabían que había una puerta de falsa roca que se abría mediante una llamada por radio al personal que se hallaba en el interior o bien, desde, afuera, haciendo señales luminosas convenidas. Caynd no pensaba utilizar ninguno de ambos medios para entrar

en la caverna donde se guardaba aquel arma tan fantástica.

Grannivar les había facilitado numerosos datos sobre el lugar. Caynd sacó una cuerda con gancho que había llevado en el equipaje, la hizo voltear unos momentos sobre su cabeza y luego la lanzó hacia arriba, enganchándola a unos diez metros de altura.

Inmediatamente, empezó a trepar. Kitty aguardaba abajo. Pese a la aparente lisura de la roca, había muchas irregularidades que permitían agarrarse a ella sin excesivas dificultades.

Caynd lanzó tres veces más el gancho, hasta divisar a su izquierda el punto deseado. Entonces y tras asegurar firmemente la cuerda, emitió un tenue silbido.

Kitty contestó de la misma manera. Caynd arrojó un cordel, que ella enganchó a un largo cabo que había llevado consigo. A continuación, sujetó la soga a un pequeño motorcito que formaba parte de su equipo y que estaba ya sujeto a la cuerda.

El motor empezó a funcionar, enrollando la soga en un diminuto cabrestante. Kitty ascendió así, colgada del extremo, sin ninguna

dificultad.

—¿Lo has encontrado? —preguntó, cuando estuvo a su lado.

—Sí, ahí está.

Era un ancho tubo de aireación, de casi un metro de diámetro, que perforaba la roca oblicuamente. Caynd se acercó a la boca y sujetó allí las dos sogas empalmadas.

Salía aire caliente por la abertura, aunque no propulsado por las aspas de algún ventilador, sino por simple diferencia de temperatura. Por otra parte, la boca de aireación estaba muy bien disimulada y resultaba imposible verla desde el exterior.

Por medio de la cuerda, Caynd empezó a deslizarse a lo largo del tubo, cuya pendiente era muy acusada. Al final del mismo se divisaba un puntito de luz.

Kitty le siguió sin la menor vacilación. Caynd alcanzó el final del tubo y encontró una escalerilla de peldaños de hierro, vertical, que permitía el acceso a una plataforma, con barandilla igualmente de hierro.

El descenso se hizo ahora más fácil. En la plataforma se encontraban a unos treinta metros del suelo de una caverna de colosales proporciones, iluminada por numerosas lámparas de gran potencia.

Caynd y Kitty contemplaron el espectáculo y se quedaron mudos de asombro durante algunos minutos. Lo que tenían a la vista, a pesar de que ya sospechaban su magnitud, sobrepasaba ampliamente a cuanto había podido imaginarse.

* * *

El cañón era enorme, más de cien metros de largo, sin contar lo que parecía culata, que medía unos treinta. El calibre de la pieza era de unos cinco o seis metros, y la culata, de sección cuadrada, medía veinte de largo por unos quince de lado.

La gigantesca pieza estaba apoyada sobre unos soportes que podían orientarse un tanto en dirección y altura. Caynd sabía que en el momento del uso, aquel cañón tendría que apuntarse, además, por la posición del planeta en el espacio. Los soportes de alza y deriva servían simplemente para pequeñas correcciones de puntería, de unos diez grados, como máximo, en ambos sentidos, calculó.

La parte inferior de la recámara quedaba a unos seis metros del suelo. Las escalerillas que había visto en el diseño eran, en la realidad, mecánicas, y empalmaban con unas cintas transportadoras que penetraban en el interior de la culata.

—Así, de este modo, el «disparo» de soldados puede hacerse ininterrumpidamente —murmuró al oído de la muchacha.

Kitty asintió. Una vez se decidiera la invasión, los soldados, en diez filas, solamente tendrían que colocarse frente a las escaleras designadas y poner el pie en el primer escalón. La máquina haría el resto, enviándolos, en diez segundos, a ciento cuarenta millones de kilómetros de distancia.

Al fondo, frente a la boca del cañón, se veía el gran mamparo que tapaba la boca, un conjunto de telas hábilmente pintadas, en una sólida armazón, a fin de disimular el hueco. En aquel momento, no se veía a nadie en la caverna.

El puesto de mando de la pieza se hallaba casi junto a la misma, una pequeña torre de control encristalada, con su panel de mandos. Una escalera corriente permitía el acceso a la misma.

Caynd se quitó la mochila y el chaquetón de pieles.

—Necesito libertad de movimientos —dijo.

Kitty le imitó. En la mochila, Caynd llevaba explosivos. No necesitaba destruir enteramente el cañón, ni tampoco lo necesitaba. Grannivar le había indicado claramente lo que debía hacer para averiarlo.

Con el paquete de explosivos en la mano, Caynd corrió agachado a lo largo de la plataforma, hasta encontrar una escalera vertical, que le permitió el descenso al suelo de la caverna. Kitty iba a su lado y cuando ya se disponía a dirigirse hacia el cañón, extendió la mano para detenerle.

Caynd se volvió hacia ella.

—¿Qué quieres? —preguntó en voz baja.

Kitty se mordió los labios.

—'No sé... Este silencio, tanta tranquilidad... Me siento aprensiva, lo confieso —murmuró.

—En todo caso, lo que más nos conviene es darnos prisa —contestó él.

Y ya se disponía a lanzarse hacia el acceso a la culata, cuando de pronto sonaron voces a lo lejos.

—Rápido, tenemos que escondernos —dijo.

Agarró la mano de la joven y tiró de ella, situándose tras la base de la columna que sustentaba el puesto de control de la pieza. Segundos más tarde, oyeron pasos rítmicos.

Caynd asomó la cabeza y divisó un grupo de lo que parecían prisioneros, flanqueados por una docena de guardias armados. Sintió un mareo; lo que estaba viendo, se dijo, no era realidad, sino un sueño.

Porque allí, delante de sus ojos, tenía a los catorce compañeros que había visto fusilar.

Kitty se sintió también pasmada. «¡Pero si están muertos!», pensó.

* * *

Nyphod y Tuk seguían a la formación y caminaban charlando

apaciblemente, muy satisfechos al parecer. Mientras los prisioneros eran obligados a situarse al

pie de las escaleras de acceso al cañón, ellos dos se dirigieron a la torre de control.

Caynd no sabía siquiera cómo habían podido sobrevivir sus compañeros. En cambio, se imaginaba sobradamente su presencia en aquel lugar.

Nyphod iba a realizar un experimento de lanzamiento con ellos. Si morían, no tenía importancia, Grannivar encontraría el fallo. Y si sobrevivían, significaría que el cañón funcionaba a la perfección.

Así pensaba que debían de ser los cálculos de Nyphod, se dijo, mientras los dos omphylarianos ascendían por la escalera que conducía al cuarto de control. Los soldados quedaron tras los prisioneros, encañonándoles con sus armas.

Caynd tomó entonces una decisión. Colocó los explosivos al pie de la columna, y desenfundando la pistola neutrónica, se dirigió velozmente hacia la escalerilla.

Nyphod maniobraba en los controles del aparato. A su lado, Tuk-Fyyd contemplaba con atención los movimientos de su rey.

Las escaleras mecánicas se pusieron en movimiento. En la parte superior de la culata, se encendieron diez grandes lámparas verdes.

Nyphod agarró un micrófono y se dispuso a decir algo. Entonces, oyó una voz a su derecha:

—No dé ninguna orden, rey, o lo mataré.

Los dos omphylarianos, terriblemente sobresaltados, se volvieron hacia la entrada del puesto de control. Un soldado se separó entonces de la formación y, agachado, corrió hacia la escalera que conducía al puesto de mando.

—Capitán Caynd —murmuró Nyphod.

—El mismo. Y dispuesto a matarle si no da la orden de liberar en el acto a los prisioneros.

Nyphod se irguió.

—Pide un imposible, terrestre —contestó.

—¿Prefiere morir?

Hubo un momento de silencio. Luego, Nyphod, lentamente, dijo:

—Temo, capitán Caynd, que ha sobrevalorado en exceso sus fuerzas. Aunque yo dé la orden de soltar a los prisioneros, ¿qué conseguirá usted? No puede escapar de aquí, a pesar de que haya logrado burlar la vigilancia. La libertad de sus amigos será sólo momentánea... y luego, usted les hará compañía en el viaje que van a emprender a Sittanul.

—Nyphod, usted tendrá que explicarme cómo los tiene aquí, en lugar de haberlos enviado al cementerio, que era lo lógico, después de su fusilamiento. La comedia resultó perfecta, debo reconocerlo.

Una singular sonrisa apareció en los labios de Nyphod.

—Sí, fue una escena magnífica. Incluso los propios protagonistas creyeron en su autenticidad, debido a la droga infiltrada en sus mentes. Yo podía desperdiciar una vida en divertirme, me refiero a usted, pero no podía matar a catorce sujetos de experimentación, que luego podían resultarme tan útiles.

—Y los trajo aquí, para probar el cañón.

—Ahí los tiene usted, capitán.

—¿Lo saben ellos?

—Me ha parecido conveniente informarles de mis intenciones. Puede que el cañón no funcione bien todavía, pero si todo está en orden,

salvarán la vida.

—¿Y cómo sabrá usted que, en el caso de un buen funcionamiento, han llegado sanos y salvos a Sittanul? —Fíjese en sus indumentarias. Llevan unos cinturones de control que, en caso positivo, emitirán una señal determinada de antemano. Si la señal no se recibe antes de un cuarto de hora, es que sus cuerpos se han desintegrado en el espacio.

—Ah, ya entiendo. Pero usted no va a hacer funcionar el cañón —dijo Caynd.

Nyphod volvió a sonreír. Su índice izquierdo estaba apoyado sobre uno de los botones del cuadro de mandos.

—¿Cómo me lo va a impedir, capitán? —preguntó—. Si dispara contra mí, mis hombres le harán pedazos.

Caynd levantó la mano izquierda a la vez que, con el rabillo del ojo, captaba cierto movimiento sospechoso de Tuk.

—Esto es una caja de control —anunció, refiriéndose al objeto que mantenía en alto—. Si presiono la tecla de contacto, una potente carga estallará y destruirá la base de la columna que sustenta este cuarto. Los cables de conexión quedarán destruidos y el cañón no podrá funcionar.

Nyphod se mordió los labios.

—Parece que está usted muy bien enterado de los detalles de la pieza —observó—. ¿Quién le ha dicho tantas cosas?

—El propio Grannivar. Le he convencido de que es mejor colaborar conmigo y, créame, rey, ha charlado hasta por los codos.

—¡Imposible! —rugió Nyphod—. Grannivar es uno de mis más fieles amigos. Usted le ha torturado, capitán.

Caynd se echó a reír.

—'Nada de eso —contestó—. Simplemente, le convencí para que emplee su invento en fines pacíficos. En la Tierra, y pese a nuestros adelantos, no se conoce nada semejante. Un aparato como el de Grannivar servirá, no sólo para el transporte de personas, sino para el de mercancías, tanto en viajes subatmosféricos como interplanetarios. Sencillamente, le hice la boca agua con el pensamiento del dinero que podría ganar con su patente.

Nyphod abrió la boca, estupefacto. Caynd añadió:

—Y yo seré su representante legal, con la comisión correspondiente, por supuesto. Grannivar y yo nos haremos ricos, créame. Por eso ha hablado tanto y me ha facilitado todos los detalles de su pieza. Naturalmente, tengo que conocer la mercancía que voy a vender, a fin de dar todo género de explicaciones a mis futuros clientes.

Un rugido de rabia brotó de labios de Nyphod. A su lado, Tuk se disponía a sacar una pistola que llevaba bajo la lujosa túnica, pero, inesperadamente, Nyphod le pegó un tremendo empollón y lo arrojó contra el terrestre.

Los dos hombres rodaron por el suelo. Nyphod sacó una pistola y apuntó a Caynd, pero, en el mismo momento, surgió un soldado armado con un fusil neutrónico.

El soldado disparó. Nyphod chilló y se desplomó, contorsionándose epilépticamente. Segundos más tarde, había muerto.

Caynd golpeó con fuerza el cráneo de Tuk. El omphylariano se quedó quieto.

El soldado usó de nuevo su fusil. El oficial que mandaba la fuerza cayó muerto.

—¡Adelante, prisioneros! —gritó con voz juvenil—. Hay que buscar la libertad.

Los terrestres no se hicieron repetir la orden. Una furiosa batalla

comenzó en el acto contra sus guardianes. La pelea terminó con la completa derrota de los omphylarianos.

Caynd miró al soldado que había venido tan oportunamente en su ayuda.

—Chardry —exclamó.

El muchacho sonrió.

—Mejor sería pronunciar mi nombre correctamente —dijo—. Me llamo Richard.

* * *

Caynd se pegó una palmada en la frente.

—Debía haberlo sospechado —exclamó.

Kitty subía corriendo por las escaleras. En la caverna se oían gritos de júbilo.

—Kitty, ya hemos encontrado al hermano de la duquesa-reina —anunció Caynd—. Nuestra misión debe darse por terminada.

De pronto, se interrumpió.

El parecido fisonómico entre Kitty y Richard era extraordinario.

Caynd empezó a comprender.

—Kitty, tú...

Ella sonrió, a la vez que asentía.

—Sí, soy Eugenia de Vyrbun, duquesa-reina, hija de sittanulita y terrestre. Mi padre era el terrestre, claro —explicó—. Richard —se volvió hacia el muchacho—, ¿por qué te marchaste?

Richard se encogió de hombros.

—Ansia de aventuras, supongo —contestó.

—¡A los trece años! —se asombró la muchacha.

—Yo me fui de casa a los doce —sonrió Caynd.

—Cambié el nombre para que no me encontrasen y luego recalé en Omphylar —siguió el muchacho—. Después me enteré de las pretensiones de Nyphod y empecé a pensar que lo más conveniente sería entrar en su guardia.

—Está bien —dijo ella, con severidad—, pero las aventuras se han terminado para ti. Ahora tienes que ocupar el puesto de duque-rey y...

Caynd se echó a reír.

—Kitty, o si lo prefieres, Eugenia, ¿no te parece que si Richard se marchó de casa fue porque tal vez eras demasiado rígida con él?

—Sólo trataba de educarle para el puesto que debía ocupar algún día —se disculpó la joven.

—Si una persona tiene buenos sentimientos, la sensatez y la cordura llegarán con el paso de los años —dijo Caynd—. Estoy seguro de que Richard comprenderá cuál es su deber y regresará a Sittanul. Tendrá mucho trabajo; es preciso concertar detalladamente los términos del convenio, por medio del cual se permitirá a los omphylarianos emigrar pacíficamente a vuestro planeta.

—Lo haré —confirmó Richard.

Caynd se volvió hacia ella.

—Y tú me explicarás por qué, estando en la Tierra robóticamente, te encontrabas aquí —dijo.

—Estuve en la Tierra, en efecto, y persuadí a Rosa Uttoni para que me

dejara el puesto. Cuando lo hube conseguido, coloqué al robot en mi lugar y me vine a Omphylar. Yo también tenía que impedir la conquista de mi planeta y me pareció que podría lograrlo mejor desde aquí.

—Pero la comunicación grabada, con los velos, no me gustó nada —se quejó él.

—No quería que pudieras reconocerme, simplemente.

—Y aquel mensaje súbitamente interrumpido...

—Hablaba desde el palacio de Nyphod. Temí que me sorprendieran y decidí cortar la transmisión antes de que fuese demasiado tarde.

—Sin embargo, no conseguimos evitar la red espacial.

—Es otro invento de Grannivar —explicó ella—. Líneas «flexibles» de energía electromagnética, en gran cantidad y entrecruzándose a la manera de una red.

—Otro invento que podrá utilizarse, por ejemplo, para el rescate de naves averiadas.

—Tendrás que discutirlo como representante del doctor.

—Sí, ésa será mi profesión a partir de ahora —suspiró él—. Pero, ¿debo llamarte Eugenia, Kitty?

—O Ginny, en diminutivo familiar —sonrió la muchacha.

—Está bien. —Caynd se volvió hacia Richard—. Señor, puesto que ahora es usted el duque-rey de Sittanul, se ha convertido también en el jefe de la familia de Vyrbun. En tal caso, tengo el honor de pedirle la mano de su hermana Eugenia.

—Concedida —replicó el muchacho rápidamente.

Pero todavía yo no... —Ella intentó protestar con vehemencia.

Caynd se echó a reír, y pasando un brazo sobre sus hombros, dijo a la vez que la llevaba fuera de la torre de control:

—Tu deber, como súbdito de Sittanul, es obedecer los mandatos del duque-rey.

Catorce hombres los aclamaron desde abajo. Caynd movió una mano.

—Muchachos, lo siento mucho, pero la agencia de mercenarios se disuelve en este mismo instante—anunció. Se volvió hacia la muchacha y sonrió—. Supongo que no te importará ser la esposa de un representante de comercio.

Eugenia se echó a reír.

—Resultará una experiencia fascinante —aseguró.

—Tendremos que seguir viajando por el espacio durante bastante tiempo —vaticinó Caynd—. Hay que vender muchos cañones de transporte instantáneo, redes espaciales...

—Pero, supongo habrá tiempo para una luna de miel, Laird.

—Oh, eso es lo primero que haremos —contestó él, a la vez que se inclinaba para besarla, en medio de los gritos y silbidos de alegría de los que ya no eran mercenarios.

F I N